VANESSA Y BERNARDO

SALVADOR RANGEL ABUD

Vanessa y Bernardo
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Bernardo Valcárcel tiene sesenta y cuatro años, veintisiete novelas románticas publicadas y una vida construida alrededor de algo que nunca supo nombrar del todo. Una mañana de noviembre recibe una llamada del Ayuntamiento de Calafell: la casa de la calle del Muelle número cuatro será demolida en treinta días. Bernardo hace la maleta y conduce seiscientos kilómetros hacia el norte.

En esa casa vivió, en el verano de 1984, el único año verdadero de su vida. Con Vanessa Soler, restauradora de libros, una mujer que leía en voz alta para que los libros no se quejaran y que tenía la costumbre de subrayar con lápiz las frases que le parecían verdaderas. Una mujer que una mañana de agosto de 1985 desapareció sin explicación, dejando sobre la mesa del comedor una carta inconclusa y una taza de café lavada sobre el fregadero.

Bernardo nunca entendió por qué se fue.

Lleva cuarenta años sin entenderlo.

Al fondo del taller en ruinas, detrás de una estantería caída, encuentra una caja de madera sellada con cera. La reconoce: la compró él, hace décadas, en un mercado de Barcelona. Dentro de esa caja hay algo que Vanessa guardó para alguien que nunca llegó a tiempo.

Lo que Bernardo descubre cuando la abre va a cambiar la manera en que entiende todo lo que vino después. Su vida. Su obra. La distancia entre lo que creyó que perdió y lo que perdió en realidad.

Vanessa y Bernardo es una novela sobre el amor que no supo decirse a tiempo y sobre lo que ese silencio le hace a un hombre durante cuarenta años. Sobre la memoria que opera por debajo de la conciencia. Sobre las cosas que uno escribe sin saber que las está escribiendo para alguien.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene referencias a enfermedad terminal, duelo, pérdida y muerte. Aborda la dificultad de comunicar diagnósticos médicos graves a personas queridas y las consecuencias emocionales de decisiones tomadas en soledad. No contiene escenas de violencia explícita ni contenido sexualmente explícito. Apta para lectores adultos.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas

publicadas. Su obra explora con frecuencia los territorios de la historia, la memoria, el amor y la identidad, con una mirada que combina el rigor intelectual de su formación científica con la sensibilidad narrativa de quien ha dedicado décadas al oficio de contar. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Vanessa y Bernardo

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela romántica / Literatura contemporánea

Estilo literario: Mario Benedetti

Extensión: Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

Ambientación: Madrid y Calafell (España), 1984-1985 / presente

Idioma original: Español

Estado: En proceso de redacción

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Vanessa y Bernardo nació de una canción. De la Lucía que Joan Manuel Serrat convirtió en 1971 en una de las elegías amorosas más perfectas de la lengua española. De esa voz que canta lo que no hay palabras para decir de otra manera. La novela no pretende ser una adaptación de la canción sino una conversación con ella: una historia que ocurre en el mismo territorio emocional pero con sus propios personajes, su propio tiempo y su propia manera de entender lo que se pierde y lo que permanece. El estilo de Mario Benedetti fue la elección natural para una historia que necesitaba decir las cosas más hondas con las palabras más sencillas, que es el arte que Benedetti dominó como nadie. Si esta novela logra que el lector sienta algo parecido a lo que siente cuando escucha aquella canción, habrá cumplido lo que se propuso.

LICENCIA

Esta obra está protegida bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución del texto original con fines no comerciales, siempre que se cite al autor. No se permite la creación de obras derivadas ni el uso comercial sin autorización expresa del autor.

PALABRAS CLAVE

amor perdido, memoria, duelo, escritor, restauradora de libros, España, Mediterráneo, aneurisma, secreto, cuadernos, cartas no enviadas, Calafell, Benedetti, novela romántica, elegía, segunda oportunidad, identidad literaria, metaliteratura

---

TEMAS PRINCIPALES

El amor que no supo comunicarse a tiempo. La cobardía disfrazada de libertad. La protección que se convierte en condena. La memoria involuntaria en la creación literaria. El duelo por una persona que nunca se supo perdida del todo. La relación entre el escritor y su obra como territorio autobiográfico inconsciente. La demolición como metáfora del olvido y la despedida. La valentía de contar la historia verdadera.

CITAS DESTACADAS

"La felicidad tiene fecha de caducidad, Bernardo. Por eso hay que vivirla entera mientras dura."

"No quiero que me mire como se mira a alguien que se va a romper."

"Te quise bien. No perfectamente. Bien. Y eso es suficiente."

"Supongo que ninguno de los dos fue suficientemente valiente."

"Los libros son los únicos objetos que guardan la voz de alguien que ya no está."

"Escribe cosas verdaderas."

COMPARACIONES LITERARIAS

Vanessa y Bernardo dialoga con la tradición de la novela amorosa de la literatura hispanoamericana y española contemporánea. Los lectores de Mario Benedetti encontrarán en estas páginas la misma economía emocional, la misma prosa directa y sin adornos, la misma convicción de que lo más hondo se dice con las palabras más sencillas. La estructura de doble tiempo narrativo —presente y flashback entrelazados— recuerda procedimientos de Arturo Pérez-Reverte y de la mejor narrativa europea de los años ochenta y noventa. El tema de la creación literaria como territorio autobiográfico inconsciente conecta con El nombre de la rosa de Umberto Eco en su reflexión sobre la relación entre el escritor y su obra, aunque desde un registro completamente distinto. La ambientación costera mediterránea y el peso del mar como presencia constante emparentan esta novela con la tradición de la narrativa española de posguerra y con autores como Juan Marsé y Eduardo Mendoza.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Fue la decisión de Vanessa de no contarle a Bernardo su diagnóstico un acto de amor o de soberbia? ¿Tenía derecho a protegerlo de esa manera?

¿Qué dice de Bernardo el hecho de haber escrito durante cuarenta años sobre el mismo amor sin saberlo? ¿Es eso fidelidad, obsesión o simplemente el funcionamiento natural de la memoria creativa?

La novela plantea que los dos fueron cobardes en momentos distintos. ¿Están de acuerdo con esa lectura? ¿Habría cambiado algo si alguno de los dos hubiera sido más valiente?

¿Puede el arte ser una forma de duelo? ¿Es la escritura de Bernardo una manera de elaborar una pérdida que nunca reconoció como tal?

¿Qué significa para usted la frase de Vanessa: "te quise bien, no perfectamente, bien"? ¿Es eso suficiente?

La última frase de la novela es la primera frase del prólogo, escrita ahora por Bernardo en su libreta. ¿Qué implica ese cierre circular para la lectura de toda la novela?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Vanessa y Bernardo*. Obra inédita en proceso de redacción. Xalapa, Veracruz, México, 2026. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que destacan proyectos de largo aliento como *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado* y *Esto es lo que hicimos de México*, además de otras obras en distintos géneros y registros. Su obra completa puede consultarse a través del contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

MENSAJE FINAL

Esta novela es una carta. Como todas las cartas que importan, tardó demasiado en escribirse y llegará a quien tiene que llegar cuando tenga que llegar. Si usted la está leyendo es porque algo en estas páginas le habló de algo que conoce. Eso es suficiente. Eso es, quizás, todo lo que la literatura puede hacer: decirle al lector que lo que sintió alguna vez también lo sintió alguien más, y que ese alguien encontró la manera de no perderlo del todo.

ÍNDICE

PRÓLOGO: *El viento y la carta*
CAPÍTULO 1: *El hombre que escribía canciones para otros*
CAPÍTULO 2: *El verano que lo cambió todo*
CAPÍTULO 3: *Lo que tiene fecha de caducidad*
CAPÍTULO 4: *Anidar*
CAPÍTULO 5: *El miedo tiene muchos nombres*
CAPÍTULO 6: *La casa de las paredes que recuerdan*

CAPÍTULO 7: *La desaparición*
CAPÍTULO 8: *Las cartas que el viento se llevó*
CAPÍTULO 9: *Todo lo que escribí después fue para ti*
CAPÍTULO 10: *Los resplandores que rasguñan el mar*
EPÍLOGO: *Las últimas letras*

Vanessa y Bernardo
Capitulado con sinopsis

PRÓLOGO

El viento y la carta

Hay novelas que uno no debería escribir nunca.

No porque sean malas, sino porque son demasiado verdaderas. Porque nacen de un lugar tan hondo y tan propio que ponerles palabras es casi una traición, como si al darles forma y argumento y personajes las estuvieras entregando a un mundo que no se las merece, que no va a entenderlas, que las va a leer sin saber que cada página es una herida con nombre propio. Esas novelas uno las guarda. Las envuelve en silencio y las mete en el cajón más oscuro de la memoria, y ahí se quedan, respirando despacio en la oscuridad, vivas y quietas como cartas que nunca se enviaron.

Esta historia nace de una de esas novelas. O más bien: esta historia es lo que queda cuando un hombre que ha pasado cuarenta años escribiendo el amor que perdió descubre, demasiado tarde, que eso era exactamente lo que estaba haciendo.

El hombre se llama Bernardo Valcárcel. Es autor de veintisiete novelas románticas publicadas bajo su nombre, traducidas a doce idiomas, leídas por millones de personas que le escriben cartas contándole que sus historias les cambiaron la vida o les salvaron un invierno difícil o les enseñaron a creer otra vez en algo que ya habían dado por perdido. Él las lee todas, esas cartas. Las responde cuando puede. Y cada vez que termina una novela nueva y la relee antes de enviarla al editor, descubre con una incomodidad que ya no le sorprende que el personaje femenino central se parece, en algo esencial e indefinible, siempre a la misma mujer. Una mujer que existió de verdad. Una mujer que se llamaba Vanessa y que restauraba libros antiguos en un pequeño puerto del Mediterráneo y que tenía la costumbre de subrayar con lápiz las frases que le parecían verdaderas y la de leer en voz alta para que las palabras existieran también en el aire y no solo en el papel.

Una mujer que desapareció una mañana de agosto de 1985 sin dejar más rastro que una carta inconclusa sobre la mesa del comedor y una taza de café lavada sobre el fregadero.

Hay amores que no se pueden explicar con la arquitectura habitual del lenguaje. No caben en las palabras que usamos para las cosas corrientes. Son amores que exigen otro vocabulario, uno más antiguo y más impreciso, hecho de imágenes y de silencios y de esa clase de verdades que suenan exageradas hasta que te ocurren a ti y entonces comprendes que no eran exageradas sino exactas. El amor de Bernardo por Vanessa era de esa clase. Duró menos de un año. Le duró toda la vida.

Él nunca se quedaba en ningún sitio. Esa era la verdad más constante de su existencia adulta antes de conocerla: la incapacidad de permanecer, el impulso de seguir adelante antes de que nada pudiera echar raíces, antes de que ningún lugar ni ninguna persona pudiera reclamarlo como suyo. Había convertido esa incapacidad en una filosofía, y la filosofía en un estilo de vida, y el estilo de vida en una especie de orgullo silencioso que confundía, como confunden tantos hombres jóvenes, con libertad. Era un escritor errante, se decía. Necesitaba mundo. Necesitaba distancia para ver las cosas con claridad. Era, aunque no lo supiera entonces, un hombre que huía de sí mismo con la coartada del oficio.

Vanessa no intentó retenerlo. Eso fue lo primero que lo desarmó. Lo miraba con una claridad serena que no era indiferencia sino algo más complejo: la paz de quien ya ha tomado las decisiones importantes y vive desde ese lugar sin aspavientos. Lo amó sin pedirle cuentas. Lo amó con esa generosidad extraña de las personas que saben que el tiempo es limitado y han decidido no desperdiciarlo en reproches. Bernardo lo interpretó entonces como madurez, como una forma elevada de querer. Tardó cuarenta años en entender que era también una despedida adelantada.

Porque Vanessa estaba enferma. No lo sabía cuando se conocieron, o tal vez lo intuía en esos dolores de cabeza persistentes que atribuía al cansancio, en esos momentos fugaces de visión borrosa que descartaba

con la determinación de quien no quiere que la realidad le cambie los planes. Lo supo con certeza una tarde de julio de 1985, en la consulta de un especialista en Tarragona que le explicó con la calma clínica de quien ha dado esa noticia muchas veces que tenía un aneurisma cerebral de tamaño considerable, en una ubicación que hacía cualquier intervención arriesgada y la espera más arriesgada todavía. Vanessa escuchó, agradeció, salió a la calle y caminó hasta el puerto. Se sentó en un banco frente al mar durante un tiempo que no supo medir. Y tomó la única decisión que en ese momento le pareció posible: no decírselo a Bernardo. Irse antes de que él tuviera que verla deteriorarse. Protegerlo, como solo saben proteger las personas que aman desde un lugar tan hondo que ya no distinguen entre el amor y el sacrificio.

Su desaparición fue un acto desesperado de ternura. Y fue también, aunque ella no lo calculó así, la condena de ambos.

Porque Bernardo interpretó aquella ausencia como abandono. Como traición. Como la confirmación de su vieja certeza de que nada bueno permanece, de que todo lo que vale la pena termina yéndose antes de tiempo. Hizo la maleta, tomó el primer tren que salía y no volvió a Calafell en treinta y nueve años. No pronunció el nombre de Vanessa en voz alta durante décadas. No la buscó, no preguntó, no quiso saber. Y sin embargo la escribió. La escribió sin saberlo, una y otra vez, en cada novela, en cada personaje femenino que construía con esa precisión que sus lectores atribuían a la sensibilidad y que en realidad era memoria involuntaria, el tipo de memoria que opera por debajo de la conciencia y que no pide permiso para aparecer.

Veintisiete novelas. Veintisiete veces Vanessa, disfrazada de otros nombres, en otros puertos, con otras historias que siempre terminaban de la misma manera: con una ausencia que el protagonista no sabía cómo nombrar.

La novela número veintiocho la terminó la semana pasada. Su protagonista femenina desaparece en el capítulo final sin explicación, dejando al hombre que la ama con una carta inconclusa sobre la mesa. Bernardo la envió al editor sin reparar del todo en eso. O quizás sí reparó, en algún lugar donde no se miran las cosas de frente, y eligió no mirarlo.

Una mañana de noviembre, una llamada del Ayuntamiento de Calafell lo sacó del sueño a las nueve. Una voz anónima, sin mala intención, le informó que el inmueble de la calle del Muelle número cuatro sería demolido en treinta días para dar paso a un complejo turístico. La noticia duró menos de dos minutos. Cuando colgó, algo se había roto en el orden cuidadoso con que Bernardo había aprendido a sostener su existencia.

Treinta días. La casa donde vivieron. Lo único que quedaba en el mundo de aquel verano que fue el único verano verdadero de su vida.

No es una historia de amor convencional, aunque lo parezca. Es algo más parecido a una arqueología: la excavación lenta y a veces brutal de lo que queda cuando el amor termina mal y el tiempo no cura sino que conserva,

como el ámbar conserva las cosas pequeñas, perfectas e inmóviles, atrapadas en el instante exacto de su último momento vivo. Es la historia de un hombre que escribe sobre el amor desde hace cuarenta años y que descubre, al final, que nunca escribió sobre otro amor que el suyo. Y que ese amor, que creyó traición, fue en realidad la forma más extrema y más equivocada de la ternura.

Es también la historia de Vanessa, que vivió cuatro años más después de irse, en una ciudad del norte donde nadie la conocía de verdad, y que durante esos cuatro años siguió escribiéndole cartas a Bernardo que nunca envió y leyendo sus novelas con un lápiz en la mano, subrayando las frases que reconocía como suyas, los personajes que la repetían sin saberlo, los finales que él no había podido escribir de otra manera porque solo conocía uno.

Hay una pregunta que recorre esta novela de principio a fin, callada y persistente como el ruido del mar detrás de una pared: ¿qué le ocurre a un escritor cuando descubre que el libro más importante de su vida no lo ha escrito todavía, y que para escribirlo tiene que aceptar que pasó cuarenta años equivocándose sobre la única persona en quien había decidido confiar?

Bernardo Valcárcel hizo la maleta una mañana de noviembre y condujo desde Madrid hasta Calafell sin saber exactamente qué iba a encontrar. Llevaba en el asiento del copiloto una libreta nueva, sin estrenar, porque los escritores llevan siempre una libreta aunque no sepan todavía para qué. Al fondo del taller de la casa encontraría una caja de madera sellada con cera. Dentro de la caja, los cuadernos de Vanessa. Y en los cuadernos, la otra mitad de una historia que había estado contando a medias durante cuarenta años.

Esta es su historia. Y también, aunque él nunca lo supo del todo hasta ese noviembre, la de ella.

CAPÍTULO 1

El hombre que escribía amores para otros

Madrid, noviembre, presente

La novela número veintiocho llevaba tres semanas sobre la mesa del editor y Bernardo Valcárcel todavía no había conseguido dejar de pensar en ella. No era la primera vez que le ocurría eso de terminar un libro y quedarse dando vueltas alrededor de él como un perro alrededor de algo que no sabe si es comida o peligro. Le había ocurrido con la quinta, con la doce, con la veinte. Pero esta vez era distinto, o él lo sentía distinto, aunque no hubiera sabido explicar con precisión en qué consistía la diferencia. Había algo en el último capítulo que lo incomodaba. Algo que había escrito con una naturalidad que en el momento le pareció oficio y que ahora, con la distancia de las semanas, empezaba a parecerle otra cosa.

La protagonista se iba sin explicación. Dejaba una carta inconclusa sobre la mesa y desaparecía.

Bernardo se había levantado esa mañana a las siete, como todos los días, había puesto la cafetera, había abierto la persiana del estudio y se había quedado mirando los tejados de Malasaña con el café en la mano y la cabeza en algún lugar que no era exactamente Madrid ni exactamente el presente. Era noviembre y los tejados estaban húmedos y el cielo tenía ese color de plomo sucio que tiene Madrid en otoño cuando no se decide a llover del todo. La gata, EOF, dormía sobre la pila de manuscritos en la esquina del escritorio con la indiferencia olímpica que la caracterizaba ante cualquier estado de ánimo de Bernardo que no fuera la hora de comer.

Se llamaba EOF porque Bernardo la había encontrado en el portal una noche que volvía tarde de una presentación en la Casa del Libro, escuálida y sin collar, y había tomado la decisión de quedársela con la misma lógica con que se pone punto final a un capítulo que no sabes cómo cerrar: simplemente porque en algún momento hay que parar. EOF significaba End Of File en el lenguaje de los programadores, el símbolo que indica que el archivo ha terminado, y le había parecido un nombre adecuado para un animal que había aparecido justo cuando él creía que ya no iba a incorporar nada nuevo a su vida.

Eso había sido cuatro años atrás. Desde entonces EOF dormía donde le daba la gana, comía a sus horas con una puntualidad que avergonzaba a Bernardo, y lo observaba trabajar desde la esquina del escritorio con una expresión que él había aprendido a interpretar como una forma sofisticada de la compasión.

El estudio era la habitación más honesta del piso. Las otras dos —el dormitorio y la sala— tenían esa apariencia ordenada y un tanto impersonal de los espacios que uno habita sin verdaderamente ocupar, como habitaciones de hotel donde uno ha dormido muchas noches pero en las que nunca ha dejado nada importante. El estudio, en cambio, era el mapa exacto de su cabeza: libros en todas las superficies horizontales disponibles, carpetas ordenadas por año con los manuscritos de cada novela, una pizarra con anotaciones que llevaban meses sin borrarse porque formaban parte de la novela veintinueve que todavía no había empezado, y en el centro, la mesa grande de madera oscura con el ordenador, el cuaderno de notas siempre abierto, y el vaso con tres bolígrafos de los que solo funcionaba uno.

Bernardo tenía sesenta y cuatro años y llevaba treinta y tres publicando. La primera novela la había escrito a los veintinueve, después de un verano que prefería no pensar demasiado, con una urgencia que en ese momento no supo reconocer como lo que era: la necesidad de poner en algún sitio algo que no cabía en ningún otro lugar. Aquella primera novela se llamaba La orilla equivocada y vendió poco y le ganó una reseña favorable en un suplemento cultural de Barcelona y la confianza suficiente para seguir. Las siguientes fueron llegando con la regularidad de quien ha encontrado su

oficio y lo ejerce con disciplina y sin demasiado drama. Una cada año y medio, aproximadamente. A veces dos en dos años. Nunca menos de una cada dos años, porque Bernardo tenía el convencimiento, que había convertido en principio irrenunciable, de que un escritor que no escribe se oxida por dentro de una manera que no tiene remedio visible pero que termina notándose en todo lo demás.

Sus lectoras —eran mayoritariamente mujeres, siempre lo habían sido— lo querían con esa fidelidad particular que generan los escritores que saben hablar del amor sin ridiculizarlo ni idealizarlo en exceso. Le escribían cartas. Le mandaban mensajes a través de la página web que su editora había insistido en crearle y que él revisaba con una irregularidad que su editora toleraba porque los libros se vendían bien de todas formas. Le decían que sus personajes femeninos eran los más reales que habían leído, los más verdaderos, los únicos que sentían como mujeres de carne y hueso y no como construcciones masculinas de lo que una mujer debería ser. Bernardo leía esos comentarios con una mezcla de gratitud y de algo que no era exactamente culpa pero que se le parecía. Porque él sabía, aunque nunca se lo había dicho a nadie, de dónde venían esos personajes. Sabía muy bien de dónde venían.

El teléfono sonó a las nueve de la mañana.

Lo dejó sonar dos veces mientras terminaba el café. Luego miró la pantalla: un número de Tarragona que no tenía registrado. Contestó con la cautela de quien espera publicidad o un error de marcación.

—¿El señor Valcárcel? —dijo una voz que sonaba a trámite completado—. Buenos días. Le llamo del Ayuntamiento de Calafell. Departamento de urbanismo. En relación con el inmueble situado en la calle del Muelle número cuatro de esta localidad. Usted figura en nuestros registros como antiguo inquilino con derecho de notificación previa. Quería informarle de que la demolición del inmueble está prevista para el día treinta del mes en curso.

Bernardo no dijo nada durante un momento.

—¿Señor Valcárcel?

—Sí —dijo—. Entendido. Gracias.

Colgó.

Se quedó mirando el teléfono sobre la mesa como si esperara que hiciera algo más. EOF levantó la cabeza de los manuscritos, lo evaluó con sus ojos verdes y volvió a cerrarlos. Afuera, los tejados de Malasaña seguían húmedos y el cielo seguía sin decidirse. Bernardo puso el teléfono boca abajo, fue a la cocina, se sirvió otro café que no necesitaba y regresó al estudio. Se sentó frente al ordenador pero no lo encendió.

La calle del Muelle número cuatro.

Treinta días.

Llevaba treinta y nueve años sin pronunciar ese nombre. Calafell. Lo había borrado del mapa con una determinación que en su momento le pareció necesaria y que con los años se había convertido en costumbre, y la costumbre en algo tan integrado a su manera de funcionar que ya casi no lo notaba. Casi. Porque había momentos —no muchos, pero los había— en que el nombre aparecía de todas formas, sin permiso, en el borde de algún sueño o en la primera frase de alguna novela antes de que él la corrigiera, y entonces Bernardo hacía lo que había aprendido a hacer con las cosas que no quería mirar de frente: las dejaba pasar sin darles demasiada importancia, como se deja pasar un tren en el que uno no va a subir.

Ahora no podía dejarla pasar. La casa iba a desaparecer en treinta días y con ella el último lugar del mundo donde todo aquello había sido real.

EOF saltó de los manuscritos al escritorio y de ahí a su regazo con la imperiosidad silenciosa que la caracterizaba. Bernardo la dejó instalarse y le rascó distraídamente detrás de las orejas.

—Treinta días —le dijo, como si eso explicara algo.

La gata ronroneó sin comprometerse.

El teléfono volvió a sonar media hora después. Esta vez sí reconoció el número: Carmen Iglesias, su editora desde hacía quince años, una mujer de voz firme y criterio más firme todavía que tenía la virtud de decirle las cosas sin rodeos y la de saber cuándo no decirlas.

—Bernardo, acabo de hablar con el director de la colección. Están muy contentos con la veintiocho. Dicen que es la mejor desde la dieciséis.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es bueno, hombre. La dieciséis vendió doscientos mil ejemplares.

—Ya.

Hubo una pausa breve. Carmen Iglesias llevaba quince años aprendiendo a leer sus silencios.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Me ha llamado esta mañana el Ayuntamiento de un pueblo de Tarragona. Van a demoler una casa donde viví hace muchos años.

—Vaya. ¿Te afecta?

Bernardo pensó en cómo responder a eso. Le afectaba de una manera que no sabía reducir a las dimensiones de una conversación telefónica de mañana.

—Un poco —dijo.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. Cuéntame lo de la veintiocho.

Carmen aceptó el cambio de tema con la discreción que le daba la experiencia.

—Quieren adelantar la fecha de publicación. Marzo en lugar de mayo. El departamento de mercadotecnia dice que marzo es mejor para este tipo de novela, que el lector está más receptivo antes de la primavera. ¿Tienes inconveniente?

—Ninguno.

—Bien. Y oye, Bernardo, una cosa. El final.

—¿Qué pasa con el final?

—Nada malo. Pero es diferente a los otros. Más abierto. La protagonista se va y no vuelve. No hay resolución.

—Ya lo sé. Lo escribí yo.

—Lo sé que lo escribiste tú —dijo Carmen, con esa paciencia levemente irónica que reservaba para cuando él se ponía innecesariamente defensivo —. Lo que te pregunto es si es intencional o si se te fue de las manos.

Bernardo tardó un momento en responder.

—Las dos cosas —dijo al final.

Carmen soltó un sonido que podía ser una risa o un suspiro, o las dos cosas a la vez.

—De acuerdo. El director dice que funciona de todas formas. Que deja al lector con ganas de más.

—Qué bien.

—Bernardo.

—¿Qué?

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Estoy seguro de que no estoy mal —dijo—. Que no es lo mismo, pero se le acerca.

Cuando colgó, la habitación tenía esa quietud particular de los lugares donde acaba de terminar una conversación y todavía flota algo de ella en el aire. EOF había abandonado su regazo en algún momento de la llamada y estaba ahora en el alféizar de la ventana, mirando los tejados con esa concentración que ponen los gatos en las cosas que los humanos no pueden ver.

Bernardo se levantó, fue a la pizarra y la miró. Las anotaciones para la novela veintinueve llevaban ahí tres meses: nombres de personajes todavía sin historia, escenarios posibles, una o dos frases que había apuntado porque sonaban bien y que quizás encontrarían su lugar cuando la novela empezara a tomar forma. Era su método desde siempre: dejar que las cosas se fueran acumulando en la pizarra antes de sentarse a escribir, como quien espera que el agua del río baje un poco antes de cruzar.

Pero esa mañana la pizarra le parecía ajena. Le parecía la pizarra de otra persona, de un escritor que estaba pensando en una historia que no era la que había que escribir.

Borró todo con la mano y se quedó mirando la superficie gris y limpia.

Luego escribió, con el rotulador negro, una sola cosa: Calafell, calle del Muelle número cuatro, treinta días.

Lo miró durante un rato. EOF se acercó a olisquear el rotulador con desconfianza. Bernardo fue al dormitorio, abrió el armario y sacó la maleta pequeña de tela azul que usaba para los viajes cortos. La puso sobre la cama y empezó a doblar ropa sin pensar demasiado en lo que metía: algo para el frío, algo para dormir, los medicamentos que tomaba por las mañanas y que siempre olvidaba cuando viajaba. La libreta nueva que había comprado la semana pasada y todavía no había estrenado.

Siempre llevaba una libreta aunque no supiera todavía para qué.

Cerró la maleta. Volvió al estudio, apagó el ordenador, dejó comida suficiente para varios días en el plato de EOF y agua fresca en el cuenco junto a la puerta de la cocina. La gata lo observó hacer todo esto desde la encimera con la expresión de quien lleva la cuenta de los agravios y los guarda para el momento oportuno.

—Vuelvo en unos días —le dijo Bernardo.

EOF parpadeó.

—O en una semana. No sé exactamente.

La gata bajó de la encimera, fue a su plato, olió la comida y se alejó hacia el dormitorio con una dignidad que no admitía réplica. Bernardo cerró la puerta del piso, bajó las escaleras con la maleta y salió a la calle. El aire de noviembre olía a lluvia próxima y a tráfico y a ese olor indefinible que tiene Madrid a ciertas horas del otoño, un olor que no es exactamente ciudad sino algo más viejo que la ciudad. Caminó hasta el aparcamiento del barrio, metió la maleta en el maletero del coche y se sentó al volante.

Calafell estaba a seiscientos kilómetros.

Antes de arrancar, abrió la guantera y sacó la libreta nueva. La puso en el asiento del copiloto. Luego arrancó el motor y salió del aparcamiento hacia la calle, incorporándose al tráfico de la mañana con la cautela de quien sabe que va a hacer algo que no tiene del todo claro cómo termina.

Nadie vuelve a los lugares que lo destruyeron por cortesía. Pero había cosas que uno hacía no porque tuviera sentido hacerlas sino porque el cuerpo las recordaba antes que la cabeza, y el cuerpo de Bernardo Valcárcel llevaba treinta y nueve años apuntando, sin que él se lo permitiera, hacia el norte, hacia el Mediterráneo, hacia una casa frente al mar que en treinta días dejaría de existir.

Y con ella, el último lugar del mundo donde Vanessa había sido real fuera de sus novelas.

CAPÍTULO 2

El verano que lo cambió todo

Flashback. Calafell, verano de 1984

Bernardo llegó a Calafell un miércoles a mediodía perseguido por una tormenta que llevaba tres horas amenazando desde el horizonte y que finalmente descargó justo cuando el autobús entraba al pueblo, con esa puntualidad caprichosa que tienen las tormentas del Mediterráneo en verano. Bajó en la plaza principal con la mochila al hombro y la chaqueta ya empapada y se quedó un momento bajo el alero de la parada mirando la lluvia caer sobre las calles estrechas y las fachadas encaladas y el mar al fondo, apenas visible entre los edificios, de un color verde oscuro y agitado que no invitaba a nada.

Tenía treinta y un años, seiscientas pesetas en el bolsillo y la primera novela publicada hacía cuatro meses con un éxito que su editor había calificado de prometedor, que era la manera elegante de decir que había vendido poco pero bien. Viajaba desde Barcelona sin itinerario fijo, con la libreta de siempre y la convicción, todavía intacta entonces, de que los escritores necesitan mundo antes de necesitar escritorio. Era una convicción cómoda. Le permitía no quedarse en ningún sitio demasiado tiempo sin que eso pareciera incapacidad sino método.

La pensión se llamaba Can Roser y estaba en la calle que bajaba al puerto, una casa de dos pisos con las persianas verdes y un letrero pintado a mano que anunciaba habitaciones con desayuno incluido. La mujer que abrió la puerta era pequeña y de pelo blanco y lo miró con la desconfianza razonable de quien ha visto pasar demasiados jóvenes con mochila y pocas pesetas.

—Quería una habitación —dijo Bernardo—. Unos días, no sé exactamente cuántos.

—Todas tienen vistas al patio menos la del segundo, que da a la calle.

—Me da igual.

—La del segundo son mil doscientas la noche con desayuno.

Bernardo hizo un cálculo rápido y poco alentador.

—¿Acepta cheques?

La mujer lo miró de una manera que respondía la pregunta sin necesidad de palabras.

—Hay un cajero en la plaza —dijo.

Fue al cajero bajo la lluvia, sacó lo que pudo, volvió a la pensión, pagó dos noches por adelantado y subió a la habitación del segundo piso. Era una habitación pequeña con una cama, una mesa, una silla y una ventana que daba efectivamente a la calle, lo cual resultó ser una ventaja imprevista porque desde ahí podía ver el taller de enfrente: una puerta entornada, luz amarilla dentro, y a través de la lluvia que seguía cayendo, la silueta de una mujer inclinada sobre una mesa de trabajo.

Bernardo dejó la mochila, se cambió la ropa mojada y se sentó junto a la ventana con la libreta. Llevaba dos semanas sin escribir nada que valiera la pena y la libreta lo acusaba con sus páginas en blanco con esa muda elocuencia que tienen las páginas en blanco cuando uno sabe que debería estar llenándolas. Abrió el bolígrafo y escribió la fecha en la esquina superior de la página. Luego se quedó mirando la lluvia.

Fue entonces cuando escuchó la voz.

Llegaba desde el taller de enfrente, apagada por la distancia y la lluvia, pero clara en su intención: era una mujer que leía en voz alta. No cantaba, no hablaba por teléfono, no recitaba. Leía, con esa cadencia particular que tiene la lectura en voz alta cuando quien lee no está interpretando para nadie sino simplemente dejando que las palabras existan también en el aire. Bernardo no entendía las palabras —estaba demasiado lejos y la lluvia ponía su ruido encima de todo— pero entendía el ritmo, y el ritmo era el de alguien que amaba lo que estaba leyendo.

Cerró la libreta. Se quedó escuchando hasta que la lluvia arreció y la voz desapareció detrás del ruido del agua.

Al día siguiente amaneció con el cielo limpio y ese olor a tierra mojada y sal que tiene el Mediterráneo la mañana después de una tormenta. Bernardo bajó a desayunar, tomó el café con la señora de la pensión —que se llamaba Rosa y que resultó ser más conversadora de lo que su expresión del día anterior hacía prever— y salió a dar una vuelta por el puerto.

Calafell era un pueblo que sabía exactamente lo que era y no pretendía ser otra cosa: casas bajas, barcas de pesca, tres bares con las sillas de plástico en la acera, una iglesia pequeña, y el mar siempre al fondo como una presencia constante que organizaba todo lo demás. No era un sitio para turistas todavía, o no del todo. Tenía esa calidad de los lugares que no han aprendido aún a mostrarse, que siguen siendo para los que viven en ellos y solo de manera accidental para los que pasan.

Al mediodía se sentó en el bar más cercano al puerto a comer el menú del día y fue ahí donde la vio por primera vez fuera del taller.

Estaba en la barra pidiendo algo para llevar, con un delantal manchado de lo que parecía cola o barniz y el pelo recogido en un moño que se estaba deshaciendo por un lado. Hablaba con el barman con la familiaridad de quien lleva años entrando a ese mismo bar a la misma hora. Tenía treinta y dos años —lo sabría después— y una manera de estar en los sitios que Bernardo no supo describir en ese momento pero que anotó en la libreta esa noche con las palabras que encontró: como si el sitio le perteneciera sin que ella hubiera tenido que hacer nada para merecerlo.

Recogió su pedido —un bocadillo envuelto en papel de aluminio y una botella de agua— y al volverse hacia la puerta pasó junto a la mesa de Bernardo y lo miró un segundo, con la mirada neutra y sin curiosidad particular de quien mira a un desconocido en un pueblo donde los

desconocidos no son frecuentes pero tampoco son una novedad. Luego salió.

Bernardo terminó su menú, pidió un café y abrió la libreta. Escribió tres líneas que tachó, dos más que también tachó, y al final escribió solo: la mujer del taller de enfrente. Y no escribió nada más.

El encuentro real ocurrió dos días después, cuando Bernardo se armó de la determinación suficiente —o de la curiosidad suficiente, que no siempre es lo mismo— para cruzar la calle y entrar al taller. Había un cartel pequeño junto a la puerta que decía Restauración de libros antiguos y encuadernación, y debajo un nombre: Vanessa Soler.

Empujó la puerta entornada y entró.

El taller olía a cola, a cuero viejo y a papel. Era una habitación alargada con una mesa de trabajo grande en el centro, estanterías con libros en distintos estados de reparación a lo largo de las paredes, y una lámpara de escritorio que daba una luz cálida y concentrada sobre lo que fuera que Vanessa estaba haciendo en ese momento, que resultó ser retirar con una espátula diminuta los restos de una encuadernación deteriorada de lo que parecía ser un libro del siglo XVIII. No levantó la vista cuando él entró.

—Un momento —dijo.

Bernardo esperó. Observó el taller con la atención de quien está tomando notas mentales aunque no tenga la libreta en la mano. Había algo ordenado y a la vez vivo en aquel espacio, algo que no era el orden aséptico de los lugares donde nadie trabaja de verdad sino el orden funcional de quien sabe exactamente dónde está cada cosa porque cada cosa tiene una razón de estar donde está.

Vanessa terminó lo que estaba haciendo, dejó la espátula, se limpió las manos en el delantal y lo miró por primera vez de frente.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo un libro —dijo Bernardo, que no tenía ningún libro pero que había decidido en el último segundo que esa era la excusa más razonable—. Bueno, no lo tengo aquí. Está en la pensión. Es de mi abuelo, tiene la encuadernación bastante dañada.

Vanessa lo miró con una expresión que no era exactamente incredulidad pero que tampoco era credulidad plena.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en el pueblo?

—No sé. Unos días. Quizás más.

—Tráelo cuando quieras y lo veo. Si tiene remedio te digo cuánto cuesta y cuánto tarda.

—De acuerdo —dijo Bernardo. Y luego, porque el silencio que seguía era de los que invitan a llenarse—: Te escuché leer el otro día. Desde la pensión de enfrente. No entendía las palabras pero el ritmo era bonito.

Vanessa lo miró un momento sin decir nada. Luego bajó la vista a la mesa de trabajo.

—Leo en voz alta cuando trabajo sola —dijo—. Es una costumbre. Los libros se quejan si uno los repara en silencio.

—¿Se quejan?

—Es una manera de decirlo.

—¿Y qué leías?

Ella señaló con la cabeza hacia un libro abierto en la esquina de la mesa. Bernardo se acercó lo suficiente para ver el título: Rayuela, de Cortázar. La página estaba llena de marcas de lápiz, subrayados y anotaciones al margen con una letra pequeña y apretada.

—¿Lo has leído? —preguntó Vanessa.

—Tres veces.

—¿Y?

—La primera vez no entendí nada. La segunda entendí demasiado. La tercera ya era mío.

Vanessa lo miró de una manera diferente a como lo había mirado hasta entonces. No era aprobación exactamente. Era algo más parecido al reconocimiento, a la manera en que se mira a alguien cuando dice algo que uno podría haber dicho.

—Soy escritor —dijo Bernardo, que no solía presentarse así porque le parecía una manera pretenciosa de entrar en una conversación, pero que en ese momento no encontró otra.

—¿De qué escribes?

—De amor, principalmente. Aunque no siempre lo llamo así.

—¿Y cómo lo llamas?

Bernardo pensó un momento.

—Depende de la novela.

Vanessa asintió levemente, como si eso fuera una respuesta aceptable, y volvió a su trabajo. Bernardo entendió que la conversación había llegado a un punto en que continuar requería más de lo que él estaba dispuesto a dar en ese momento. Se despidió, prometió volver con el libro del abuelo, y salió a la calle.

Esa noche escribió cuatro páginas en la libreta. No eran páginas de novela: eran páginas sobre el taller, sobre el olor a cola y a papel viejo, sobre una mujer que leía en voz alta para que los libros no se quejaran y que tenía el Rayuela lleno de subrayados con lápiz. Era el tipo de escritura que Bernardo hacía cuando algo le importaba más de lo que quería admitir: escribirlo primero en la libreta, donde nadie lo vería, para ver qué forma tenía.

Tenía la forma de algo que iba a quedarse.

Al día siguiente volvió al taller con un libro de verdad, una edición vieja de los Veinte poemas de amor de Neruda que llevaba en la mochila desde hacía meses y que tenía la cubierta despegándose por el lomo. No era el libro de ningún abuelo, evidentemente, pero era un libro que necesitaba algo de atención y eso tenía que servir.

Vanessa lo examinó con la seriedad profesional de quien evalúa el estado de un paciente.

—No es grave —dijo—. El lomo se puede reencuadernar. Tres días y queda como nuevo.

—¿Como nuevo o como lo que es?

Ella levantó la vista del libro.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que nuevo no ha sido nunca. Tiene treinta años y quiero que los tenga. No quiero que parezca recién comprado.

Vanessa lo miró durante un segundo con esa expresión que él ya empezaba a reconocer: la de alguien que está recalibrando su opinión sobre algo.

—Entonces digo mal —dijo—. Queda como debe quedar. Con sus años encima pero sin que se le caiga el lomo.

—Eso es exactamente lo que quiero.

—Tres días —repitió ella, y anotó algo en un cuaderno pequeño junto a la mesa—. ¿Nombre?

—Bernardo. Bernardo Valcárcel.

Ella escribió el nombre sin comentario y volvió al trabajo que había interrumpido. Bernardo se quedó un momento más de lo necesario, mirando las estanterías, los libros en distintos estados de reparación, la lámpara cálida sobre la mesa.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo.

—Ya llevas un rato haciéndolo —respondió Vanessa, sin levantar la vista.

Bernardo sonrió.

—¿Por qué libros?

Ella tardó un momento en responder, como si la pregunta mereciera consideración antes que respuesta.

—Porque son los únicos objetos que guardan la voz de alguien que ya no está —dijo al final—. Todo lo demás se deteriora o se tira o se olvida. Los libros duran. Y yo me dedico a que duren más.

Bernardo salió del taller con la certeza tranquila y un poco alarmante de que iba a quedarse en Calafell mucho más de los días que había planeado. No sabía todavía cuánto. Pero el cuerpo lo sabía antes que la cabeza, como suele ocurrir con las cosas que van a cambiar algo importante, y el cuerpo de Bernardo Valcárcel caminó de vuelta a la pensión con una lentitud que

no era cansancio sino la lentitud de quien no tiene prisa por alejarse de algo que acaba de encontrar.

Esa noche, la última entrada de la libreta decía solo: ella restaura libros para que las voces duren. Yo escribo novelas. No sé todavía si hacemos lo mismo o lo contrario.

Y debajo, después de un momento, había añadido: me parece que voy a quedarme.

CAPÍTULO 3

Lo que tiene fecha de caducidad

Flashback. Calafell, verano de 1984

Los tres días que Vanessa necesitaba para reparar el lomo del Neruda se convirtieron en cinco porque el martes llegó un encargo urgente de un coleccionista de Barcelona que necesitaba con prioridad la restauración de un misal del siglo XVII, y Bernardo aprovechó esa prórroga involuntaria para no tener excusa de marcharse todavía. Se lo dijo a sí mismo en esos términos exactos, con esa honestidad a medias que uno usa consigo mismo cuando no quiere admitir del todo lo que está haciendo: no tenía excusa de marcharse todavía. No que quisiera quedarse. No todavía.

Pasaba las mañanas escribiendo en la habitación de la pensión o en el banco de la plaza con vistas al mar, y las tardes las organizaba con una vaguedad estudiada que lo llevaba invariablemente por la calle que bajaba al puerto y frente al taller de Vanessa, donde a veces se detenía con algún pretexto —preguntar por el libro, comentar algo que había leído, señalar una errata en el cartel de la puerta que no era una errata sino simplemente la letra de Vanessa— y a veces simplemente pasaba de largo porque la puerta estaba cerrada o porque ese día no había encontrado ningún pretexto convincente.

La señora Rosa, que lo observaba con la discreción activa de las personas que han visto muchas historias pasar por sus pensiones, le puso el desayuno una mañana con una sonrisa que no comentó nada pero que lo decía todo.

—¿Cuántos días más? —le preguntó, sin especificar de qué.

—No sé —dijo Bernardo—. Unos cuantos.

—El precio es el mismo si pagas por semana —dijo ella—. Sale más barato.

Pagó por semana.

El miércoles de esa primera semana, Vanessa terminó el misal del coleccionista y cerró el taller más temprano de lo habitual. Bernardo la vio salir desde el banco de la plaza, con una bolsa de tela al hombro y el paso resuelto de quien sabe adónde va. La siguió con la vista hasta que dobló la esquina y luego se quedó mirando el punto donde había desaparecido con

la expresión levemente ridícula del que acaba de perder algo que no era suyo.

Esa tarde escribió ocho páginas seguidas, las mejores que había escrito en meses, y cuando terminó no sabía muy bien de dónde habían salido.

El encuentro que cambió la dinámica entre ellos ocurrió el jueves por la noche, en el bar del puerto donde Bernardo había ido a cenar solo porque la pensión no daba cenas y él no tenía ganas de buscar otra cosa. Vanessa estaba en una mesa del fondo con una mujer de su edad a quien llamaba Montse y con quien hablaba con esa mezcla de intensidad y risa que tienen las conversaciones entre amigas que se conocen desde hace mucho. Bernardo pidió su cena en la barra sin mirar hacia allá, o mirando lo justo para saber que estaba ahí, y se instaló en un taburete con un vaso de vino y la libreta.

Estaba a mitad de una frase cuando sintió que alguien se ponía a su lado.

—¿Escribes o finges escribir para no tener que hablar con nadie? —preguntó Vanessa.

Bernardo levantó la vista. Ella tenía una copa de vino en la mano y una expresión que era entre curiosidad y diversión, y que le sentaba como si hubiera nacido con ella.

—Las dos cosas, según el momento —dijo Bernardo—. Ahora escribía de verdad.

—¿Y qué escribías?

—Una frase que no sé cómo terminar.

—¿Cómo empieza?

Bernardo dudó un segundo. Luego le dio vuelta a la libreta para que ella pudiera leer. La frase decía: Hay personas que tienen la rara virtud de hacer que el sitio donde están parezca el único sitio posible, y uno no sabe si es mérito suyo o del sitio o de los ojos con que uno las mira.

Vanessa la leyó despacio. Luego le devolvió la libreta sin decir nada durante un momento.

—¿Y la terminas o la dejas así? —dijo al final.

—Depende de lo que pase después.

Ella asintió, como si eso fuera una respuesta razonable, y volvió a su mesa. Pero antes de sentarse se volvió a mirarlo.

—Mañana traigo el Neruda. Quedó bien.

—Gracias —dijo Bernardo.

—De nada —dijo ella. Y después, casi sin pausa—: Si quieres puedes venir el sábado por la tarde. Suelo salir a caminar por la costa cuando cierro el taller. Hay una cala a media hora que vale la pena.

Lo dijo con la naturalidad de quien propone algo sin cargarle demasiado peso, como se propone compartir el paraguas cuando llueve. Bernardo respondió con la misma naturalidad, o intentó responder así.

—De acuerdo —dijo.

Vanessa volvió a su mesa. Bernardo miró la frase en la libreta, tachó la última parte y la reescribió, y esa vez sí supo cómo terminarla.

El sábado caminaron durante casi dos horas por el sendero costero que salía del puerto hacia el sur, entre pinos y piedras y el ruido del mar golpeando los acantilados. Vanessa caminaba a buen paso, sin prisa pero sin detenerse innecesariamente, y hablaba con esa economía de quien elige las palabras porque le importan y no porque no tenga más. Hablaron de libros, primero, que era el territorio más fácil para los dos. Luego de los sitios donde habían vivido: ella había crecido en Tarragona, había estudiado restauración en Barcelona, había vuelto a la costa porque el interior le parecía incompleto sin el mar. Él le contó los años de universidad en Madrid, los viajes después, la primera novela.

—¿De qué trata? —preguntó Vanessa.

—De dos personas que se quieren mal durante mucho tiempo y al final aprenden a quererse bien. O eso creen.

—¿Y tú qué crees?

—Que aprender a querer bien es más difícil de lo que cabe en una novela.

Vanessa recogió una piedra del camino, la sopesó en la mano y la tiró al mar con un gesto limpio y preciso.

—¿Escribes sobre cosas que conoces o sobre cosas que quisieras conocer?

—Sobre cosas que conozco a medias —dijo Bernardo—. Las que conozco del todo no las puedo escribir todavía. Las que no conozco nada tampoco. Necesito ese punto intermedio donde todavía hay algo que no entiendo del todo.

—¿Y el amor lo conoces a medias?

Bernardo tardó un momento en responder.

—Creo que lo conozco lo suficiente para saber que me falta bastante.

Vanessa soltó una risa breve, genuina, sin cálculo.

—Eso es lo más honesto que he escuchado sobre el tema en mucho tiempo.

Llegaron a la cala cuando el sol empezaba a bajar. Era una playa pequeña, de piedras y arena mezcladas, protegida por dos salientes de roca que la dejaban en una especie de paréntesis entre el mar abierto y el mundo. No había nadie más. Se sentaron en las rocas y estuvieron un rato sin hablar, mirando el agua, y Bernardo descubrió que el silencio con Vanessa tenía una cualidad particular: no era el silencio incómodo de dos personas que no saben qué decirse sino el silencio cómodo de dos personas que no necesitan decir nada para estar bien donde están.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Vanessa al fin.

—En Calafell, una semana y media. En España, toda la vida.

—Me refería a Calafell.

—Ya sé.

—¿Y cuándo te vas?

Bernardo miró el mar.

—No lo sé todavía.

Vanessa asintió, como si esa respuesta le pareciera suficiente, y no insistió. Recogieron el camino de vuelta cuando el sol ya tocaba el horizonte, y llegaron al pueblo con la luz de esa hora dorada que hace que los sitios ordinarios parezcan por un momento extraordinarios. En la puerta del taller, antes de entrar, Vanessa se volvió hacia él.

—El martes hay un mercado de libros viejos en Vendrell. Si no tienes nada mejor que hacer.

—No tengo nada mejor que hacer —dijo Bernardo.

Fue al mercado de Vendrell, y al cine el viernes siguiente, y al concierto de una banda de jazz que tocó en la plaza el último sábado de julio. Y entre una cosa y otra, sin que ninguno de los dos lo declarara ni lo nombrara, fue construyéndose entre ellos esa intimidad que no se anuncia sino que simplemente aparece un día y uno se da cuenta de que ya estaba ahí desde hacía un tiempo.

Fue una tarde de principios de agosto cuando Vanessa dijo la frase que Bernardo no olvidaría nunca.

Estaban en el taller, ella trabajando y él leyendo en el sillón viejo que había en la esquina y que Bernardo había ido ocupando con una naturalidad que ninguno de los dos había comentado. Era una tarde calurosa y la puerta estaba abierta de par en par y entraba una brisa que movía los papeles de la mesa y olía a mar y a resina de pino. Vanessa estaba reparando el lomo de un libro de poemas del siglo pasado, con esa concentración total que ponía en el trabajo, y de pronto, sin levantar la vista, dijo:

—La felicidad tiene fecha de caducidad, Bernardo. Por eso hay que vivirla entera mientras dura.

Bernardo levantó la vista del libro que estaba leyendo.

—¿A qué viene eso?

—A nada en particular —dijo ella—. A todo en general.

—Suena a que has pensado mucho en ello.

—Suena a lo que es.

—¿Y cuándo caduca?

Vanessa dejó la espátula sobre la mesa y lo miró. Tenía una expresión que Bernardo no supo leer del todo en ese momento: algo entre la ternura y la distancia, como quien mira algo desde un lugar al que no tiene acceso.

—Eso no se sabe nunca de antemano —dijo—. Por eso hay que vivirla entera.

Bernardo lo apuntó en la libreta esa noche, como había apuntado tantas otras cosas de Vanessa en las últimas semanas. Lo apuntó pensando que era una frase para algún personaje futuro, para alguna novela que todavía no tenía forma. No supo, no pudo saber entonces, que era una advertencia. Que Vanessa lo sabía de una manera que él no podría entender hasta mucho después, cuando ya no hubiera nada que hacer con ese entendimiento.

En la libreta, debajo de la frase, escribió: ella habla del amor como alguien que conoce su duración exacta. yo hablo del amor como alguien que todavía cree que puede durar indefinidamente. no sé cuál de los dos tiene razón. me temo que ella.

Los días de agosto pasaron con esa velocidad engañosa que tienen los días felices, que en el momento parecen durar lo suficiente y en el recuerdo siempre parecen haber durado demasiado poco. Bernardo dejó de contar las semanas que llevaba en Calafell porque contar las semanas implicaba pensar en cuándo terminarían, y pensar en cuándo terminarían implicaba enfrentarse a una pregunta que todavía no sabía cómo responder. Se quedaba. Eso era lo que hacía. Se quedaba, y escribía, y pasaba las tardes en el taller o caminando por la costa con Vanessa, y cada día que pasaba el pueblo le parecía un poco más suyo y la presencia de ella un poco más necesaria, y ambas cosas lo asustaban de maneras distintas pero con la misma intensidad.

Una noche, volviendo del bar donde habían cenado juntos, Vanessa se detuvo en la puerta del taller y le dijo, mirándolo de frente con esa claridad directa que la caracterizaba:

—¿Sabes lo que pasa cuando un escritor se queda demasiado tiempo en un sitio?

—¿Qué pasa?

—Que el sitio empieza a escribirlo a él.

Bernardo la miró sin decir nada.

—¿Y eso es malo? —dijo al final.

Vanessa sonrió. Era una sonrisa que él había aprendido a distinguir de sus otras sonrisas: más quieta, más honda, como si viniera de un lugar donde las cosas tenían un peso que en la superficie no se notaba.

—Depende de lo que el sitio tenga que decir —dijo ella.

Entró al taller y cerró la puerta. Bernardo se quedó en la calle un momento, mirando la luz amarilla que se filtraba por la persiana entornada, y luego

caminó de vuelta a la pensión con las manos en los bolsillos y la cabeza llena de una frase que no supo si era suya o de Vanessa o del pueblo o de las tres cosas a la vez.

Esa noche escribió la primera página de lo que sería su segunda novela.

No lo sabía todavía. Pero ya había empezado.

CAPÍTULO 4

Anidar

Flashback. Calafell, otoño-invierno de 1984-1985

La decisión de mudarse juntos no fue una decisión en el sentido estricto de la palabra. Fue más bien una acumulación de hechos pequeños que fueron empujando hacia un mismo lugar hasta que negarlo habría requerido más esfuerzo que aceptarlo. Primero fue la mochila de Bernardo, que había ido migrando de la habitación de la pensión al taller de Vanessa con esa naturalidad sigilosa con que las cosas se mueven cuando uno no quiere estar pendiente de dónde están. Luego fueron los libros, que fueron cruzando la calle de a uno hasta que en la pensión no quedaba ninguno. Luego fue la máquina de escribir, que era lo más parecido que Bernardo tenía a un objeto sagrado y que el día que la instaló sobre la mesa del taller supo, aunque no lo dijo, que estaba instalándose él también.

La señora Rosa lo miró el día que fue a pagar la última semana y a recoger las pocas cosas que todavía quedaban en la habitación del segundo piso.

—Ya me lo imaginaba —dijo, sin especificar qué era lo que se había imaginado.

—Era una buena habitación —dijo Bernardo.

—Todas son buenas habitaciones. Depende de para qué.

Bernardo pagó lo que debía, recogió sus cosas y cruzó la calle por última vez como huésped. Vanessa estaba trabajando cuando entró, como casi siempre, y no dijo nada cuando lo vio instalar la máquina de escribir en el extremo libre de la mesa grande. Solo apartó un poco los materiales para hacerle espacio y siguió con lo que estaba haciendo, y ese silencio sin palabras fue la bienvenida más real que Bernardo había recibido en mucho tiempo.

La casa de la calle del Muelle número cuatro era el piso de encima del taller: dos habitaciones, una cocina pequeña, un baño con la ducha que tardaba cinco minutos en dar agua caliente, y una terraza estrecha con vistas al mar que era, con diferencia, lo mejor del inmueble. Vanessa vivía ahí desde hacía tres años, con una parsimonia doméstica que revelaba a alguien que no le pedía demasiado a los espacios: los muebles eran pocos y funcionales, las paredes casi sin cuadros, las estanterías llenas de libros que eran claramente suyos y no de decoración. Había una planta en la terraza que era la única concesión al ornamento, una buganvilla que en

verano debía haber sido espléndida y que ahora, en los primeros días de septiembre, empezaba a soltar sus flores con esa resignación otoñal de las cosas que saben que su momento ha pasado.

Bernardo ocupó el espacio que le dejaron con la cautela de quien sabe que está en territorio ajeno y quiere no estropear nada. Puso sus libros en la estantería que Vanessa le señaló, colgó su abrigo en el perchero junto al suyo, dejó su neceser en el baño sin reorganizar nada de lo que ya estaba ahí. Era una torpeza nueva para él, esa de intentar ocupar un lugar sin borrarlo, de estar sin imponerse. No lo hacía mal del todo.

La primera semana fue de ajustes silenciosos. Aprendieron los horarios del otro: Vanessa madrugaba y Bernardo no, ella desayunaba sola y le dejaba el café hecho en la cafetera italiana antes de bajar al taller, y él lo encontraba tibio por las mañanas y lo bebía de pie junto a la ventana mirando el mar con esa gratitud imprecisa de quien recibe un gesto pequeño y entiende que no es pequeño en absoluto. Bernardo cocinaba porque Vanessa lo hacía con resignación y él con gusto, y eso estableció sin discusión una división que ninguno de los dos cuestionó. Ella lavaba los platos porque decía que era el único momento del día en que podía pensar sin culpa. Él secaba, en silencio, o hablando si ella tenía ganas de hablar.

Una noche de octubre, mientras fregaban los platos de la cena, Vanessa le preguntó algo que lo tomó por sorpresa.

—¿Cuántas veces te has enamorado?

Bernardo pensó antes de responder.

—Dos veces de verdad. Tres o cuatro veces de manera convincente pero sin serlo del todo.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que cuando es de verdad no puedes escribir bien durante un tiempo. O escribes demasiado bien, que viene a ser lo mismo pero al revés.

Vanessa soltó una risa breve, sin dejar de fregar.

—¿Y ahora?

—Ahora escribo bien —dijo Bernardo.

Ella le pasó el último plato sin mirarlo.

—Eso es buena señal o mala, dependiendo de cómo lo mires.

—Lo miro como buena —dijo Bernardo.

—Ya.

Escribía, en efecto, con una fluidez que no había tenido en los últimos dos años. La segunda novela avanzaba con esa velocidad serena de las cosas que van donde tienen que ir, y Bernardo la escribía de mañana en la mesa del taller, con el ruido de fondo de Vanessa trabajando abajo, ese ruido de espátulas y papel y los pasos de ella moviéndose entre las estanterías que había aprendido a reconocer sin necesidad de bajar a comprobar. Era un

ruido que lo anclaba. Era, aunque no lo habría dicho con esas palabras en ese momento, el primer ruido de fondo que no le molestaba en toda su vida adulta.

Los fines de semana salían. Descubrieron juntos la geografía de la costa: calas escondidas, pueblos de interior a media hora en coche, un mercado de antigüedades en Sitges donde Vanessa compraba libros con la metodología feliz de quien sabe exactamente lo que busca. En esos viajes cortos Bernardo aprendía cosas de Vanessa que no habría aprendido de otra manera: que odiaba el ruido de los restaurantes llenos y prefería comer en sitios pequeños donde se escuchara la conversación, que tenía una memoria extraordinaria para los poemas y los recitaba en voz baja mientras conducía sin darse cuenta de que lo hacía, que cuando algo le parecía injusto lo decía sin rodeos y sin elevar la voz, con esa calma que es más difícil de rebatir que el enfado.

Una tarde de noviembre volvían de Sitges cuando Vanessa frenó el coche de golpe en la cuneta de la carretera costera, sin previo aviso.

—¿Qué pasa? —dijo Bernardo.

—Mira —dijo ella, señalando hacia el mar.

La puesta de sol había convertido el agua en algo que no parecía real: capas de naranja y rosa y un rojo oscuro en el horizonte que se reflejaba en el mar quieto con una precisión casi ofensiva en su belleza. Bernardo lo miró. Luego la miró a ella, que lo miraba a él, y los dos se echaron a reír al mismo tiempo sin saber exactamente por qué, con esa risa que no es de nada gracioso sino del exceso de algo que no tiene otro lugar donde ir.

—¿Por qué nos reímos? —dijo Bernardo cuando pudo.

—Porque es demasiado —dijo Vanessa—. El mundo a veces es demasiado.

Se quedaron ahí parados hasta que el sol desapareció del todo y el cielo se volvió de un azul oscuro y frío. Luego Vanessa arrancó el coche y siguieron hacia Calafell sin decir nada más, pero el silencio era del tipo que no necesita palabras porque ya está lleno de algo.

El invierno llegó con lluvia y con viento del norte que hacía rechinar los postigos de la terraza y convertía el puerto en un lugar de colores apagados y horizonte bajo. A Bernardo le gustó el invierno en Calafell de una manera que no esperaba: le gustó la quietud del pueblo cuando los pocos turistas que había en verano desaparecían y la calle del Muelle volvía a ser de sus habitantes, le gustó el olor a mar más intenso en los días de tormenta, le gustó tener una razón para no moverse, para quedarse junto a la estufa de la cocina con un libro mientras afuera el viento hacía su ruido antiguo.

Una noche de diciembre, con la lluvia golpeando los cristales y los dos en el sofá —ella con un libro, él con la libreta—, Vanessa dijo sin levantar la vista de la página:

—Bernardo, ¿alguna vez te asusta quedarte en un sitio?

Él dejó el bolígrafo.

—Antes sí. Ahora menos.

—¿Qué cambió?

Bernardo lo pensó de verdad, porque era una pregunta que merecía pensarse de verdad.

—Que antes creía que quedarme en un sitio era perder los otros sitios. Ahora creo que los otros sitios pueden esperarme.

Vanessa cerró el libro sobre su regazo.

—¿Y si no pueden?

—Entonces eran sitios que no valían la pena —dijo Bernardo.

Ella lo miró durante un momento con esa expresión que él había aprendido a reconocer y que todavía no sabía leer del todo. Luego abrió el libro otra vez.

—Eres más valiente de lo que aparentas —dijo.

—O más cobarde. Según el día.

Vanessa sonrió sin levantar la vista de la página, y Bernardo volvió a la libreta y escribió esa frase sin atribuírsela a nadie, como si fuera suya, porque en ese momento sentía que lo era.

Navidad la pasaron solos, los dos, que era exactamente como los dos querían pasarla aunque ninguno lo hubiera dicho así. Cocinaron juntos una cena que quedó mejor de lo esperado, bebieron vino de la Priorat que Vanessa guardaba para ocasiones que merecieran la pena, y después de cenar salieron a la terraza con las copas a pesar del frío porque el cielo estaba despejado y las estrellas sobre el Mediterráneo eran de esa clase que uno no se cree del todo aunque las esté mirando.

—¿En qué piensas? —preguntó Vanessa.

—En que no recuerdo otra Navidad que haya querido que durara más —dijo Bernardo.

Ella apoyó la cabeza en su hombro sin decir nada. El mar estaba quieto esa noche, con esa quietud de los días de frío seco, y se escuchaba a lo lejos el motor de algún barco que volvía al puerto.

—Bernardo —dijo Vanessa después de un rato.

—¿Qué.

—Prométeme una cosa.

—Dime.

—Que cuando esto termine, lo recuerdes bien. Que no lo dejes convertirse en algo que duele más de lo que valió.

Bernardo la miró. Había algo en la manera en que lo había dicho que no era hipotético ni filosófico sino concreto, como si hablara de algo que ya sabía que iba a ocurrir y solo estuviera pidiendo que el daño fuera manejable.

—¿Por qué hablas de cuando termine? —dijo.

—Porque todo termina —dijo ella, con una simplicidad que no era pesimismo sino algo más parecido a la aceptación—. No lo digo como amenaza. Lo digo porque es verdad y porque prefiero que los dos lo sepamos.

—Las cosas no tienen por qué terminar —dijo Bernardo, y se escuchó decirlo con una convicción que era también una pregunta.

Vanessa levantó la cabeza de su hombro y lo miró de frente.

—Las buenas sí —dijo—. Las malas son las que no terminan nunca.

Bernardo no supo qué responder a eso. Así que no respondió nada y en cambio le pasó el brazo por los hombros y los dos siguieron mirando el mar y las estrellas hasta que el frío se volvió insoportable y tuvieron que entrar. Y esa noche, mientras Vanessa dormía a su lado con esa quietud total que tenía al dormir, Bernardo estuvo despierto un rato mirando el techo y pensando en la promesa que le había pedido y que él no había sabido hacer.

Lo que no entendió entonces, lo que no podría entender hasta mucho después, era que Vanessa no le estaba pidiendo que recordara bien algo que podía terminar cualquier día por las razones ordinarias con que terminan las cosas. Le estaba pidiendo que recordara bien algo que ella ya sabía, con una certeza que todavía no tenía diagnóstico ni nombre, que iba a terminar de una manera que él no podría elegir ni controlar ni detener.

Le estaba pidiendo, sin poder decírselo, que la perdonara de antemano.

Bernardo se durmió sin saberlo. Y la novela siguió avanzando, y el invierno siguió pasando, y la buganvilla de la terraza esperó, sin que nadie le pidiera que lo hiciera, la llegada de otra primavera.

CAPÍTULO 5

El miedo tiene muchos nombres

Flashback. Calafell, primavera de 1985 / Presente, camino a Calafell

La primavera llegó a Calafell con una luz nueva que lo cambiaba todo sin cambiar nada y que Bernardo observaba desde la terraza cada mañana con una mezcla de gratitud y de algo que todavía no sabía nombrar. La buganvilla había vuelto, como había prometido sin palabras, y sus flores de un rosa casi violento contrastaban con el azul cada vez más intenso del mar de mayo y con el blanco de las fachadas de la calle del Muelle. Era un escenario demasiado hermoso para la incomodidad que Bernardo llevaba semanas cargando sin querer examinarla demasiado de cerca.

La incomodidad tenía varias formas. Tenía la forma de los encargos que llegaban de Madrid y de Barcelona y que él postergaba con excusas que eran verdad a medias: que estaba en un momento importante de la novela, que necesitaba concentración, que viajaría en cuanto terminara el capítulo que estaba escribiendo. Tenía también la forma de ciertas conversaciones

con Vanessa que terminaban en un silencio que no era del tipo cómodo de antes sino de otro tipo, más denso, más cargado de algo que ninguno de los dos quería ser el primero en decir. Y tenía, sobre todo, la forma de ese impulso antiguo que Bernardo conocía bien y que había creído, durante los meses del otoño y el invierno, haber dejado atrás: el impulso de moverse, de no quedarse demasiado tiempo en ningún sitio, de salir antes de que las cosas se pusieran difíciles.

Porque las cosas se estaban poniendo difíciles. No de manera dramática ni evidente, sino de la manera más traidora que existe: despacio, casi sin que se notara, con la acumulación de pequeñas tensiones que por separado no significaban nada y juntas empezaban a pesar.

Una tarde de abril, Bernardo llegó al taller tres horas después de lo que había dicho sin ninguna explicación convincente. Vanessa estaba terminando el trabajo del día y no dijo nada cuando él entró, pero había algo en la manera en que ordenaba las herramientas sobre la mesa que era más elocuente que cualquier reproche.

—Se me fue el tiempo —dijo Bernardo.

—Ya.

—Estaba en el bar del puerto. Me puse a escribir y no me di cuenta de la hora.

—No tienes que darme explicaciones —dijo Vanessa, y lo decía en serio, que era lo que lo incomodaba más: que lo decía en serio y sin ironía, con esa ecuanimidad que a veces Bernardo encontraba admirable y otras veces encontraba, con una injusticia de la que era consciente, ligeramente exasperante.

—No te las doy porque tenga que dártelas —dijo él—. Te las doy porque quiero.

Vanessa lo miró.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Llevas dos semanas raro.

—No estoy raro. Estoy pensando.

—¿En qué?

Bernardo tardó demasiado en responder, que era en sí mismo una respuesta.

—En la novela —dijo.

Vanessa asintió y volvió a sus herramientas. Y eso fue todo, porque Vanessa no insistía en los lugares donde no la invitaban a entrar, que era otra de las cosas que Bernardo admiraba y que en ese momento le resultaba difícil de sostener.

Lo que no le había dicho, lo que no supo decirle, era que la novela estaba casi terminada. Que le quedaban quizás tres semanas de trabajo, un mes como mucho, y que cuando terminara iba a necesitar entregarla en persona en Madrid y que Madrid abría una puerta que llevaba meses cerrada. No era que quisiera irse. Era que tenía miedo de querer quedarse demasiado, de necesitar demasiado, de depender de algo que podía terminar porque Vanessa misma le había dicho que todo terminaba. Ese miedo no lo justificaba. Lo sabía. Pero el miedo rara vez pide justificación antes de actuar.

En el presente, el coche de Bernardo avanza por la AP-7 en dirección norte con el mar apareciendo y desapareciendo a la derecha entre los pinos y los taludes de la autopista. Son las cuatro de la tarde y la luz de noviembre cae oblicua sobre el asfalto con esa calidad particular de la luz de otoño en el Mediterráneo, que no calienta pero lo ilumina todo con una precisión casi cruel, sin sombras que oculten nada.

Bernardo conduce con las dos manos en el volante y la radio apagada. En el asiento del copiloto, la libreta nueva sin estrenar. En la guantera, el papel donde anotó la dirección de la pensión de Calafell que encontró en internet antes de salir, porque Can Roser había cerrado hace años y necesitaba dónde dormir.

Piensa en la primavera de 1985 con la claridad distorsionada con que se piensan las cosas que uno lleva cuatro décadas revisando sin querer revisarlas del todo. Piensa en la tarde que llegó al taller tres horas tarde y en la manera en que Vanessa le preguntó si estaba bien y en que él dijo que sí cuando la respuesta correcta era otra. Piensa en todos los momentos de esa primavera en que pudo haber dicho lo que estaba sintiendo y eligió no decirlo, no porque fuera mentira sino porque decirlo habría requerido enfrentarse a algo que todavía no estaba seguro de poder sostener.

El miedo tiene muchos nombres, piensa Bernardo mientras adelanta a un camión con matrícula francesa. Se llama libertad cuando uno es joven y no quiere admitir que huye. Se llama prudencia cuando uno es menos joven y quiere creer que está siendo razonable. Se llama lo que sea con tal de no llamarse por su nombre, que es miedo, simplemente miedo, el miedo viejo y sin originalidad de quien tiene algo que perder y no sabe cómo vivir con esa posibilidad.

Pasa por Tarragona sin detenerse. Ve la ciudad desde la autopista, las torres de la refinería al sur, la catedral asomando sobre los tejados, el anfiteatro romano junto al mar. Piensa que Vanessa fue a Tarragona una tarde de julio de 1985 a ver a un médico y que él no lo supo hasta que lo leyó en sus cuadernos cuarenta años después. Piensa en cuántas cosas ocurren en los márgenes de las historias que uno cree conocer.

En la primavera de 1985, el primer viaje a Barcelona llegó enmascarado de necesidad profesional y Bernardo lo aceptó con una mezcla de alivio y vergüenza que prefirió no examinar demasiado. Su editor quería verlo para

hablar de la segunda novela, que ya estaba casi lista, y había dos o tres personas en la ciudad con quienes tenía asuntos pendientes desde hacía meses. Era razonable ir. Era incluso necesario. Lo que no era necesario era quedarse diez días.

La noche antes de salir, mientras preparaba la mochila en el dormitorio, Vanessa entró y se sentó en el borde de la cama y lo miró hacer sin decir nada durante un rato.

—¿Cuándo vuelves? —dijo al fin.

—Unos días. Cuatro o cinco.

—De acuerdo.

—Tengo que ver a Ramírez, el editor, y hay un par de cosas más que tengo que resolver.

—Ya sé —dijo Vanessa—. No tienes que explicarme nada, Bernardo.

—No te lo explico porque tenga que hacerlo.

—Lo sé.

Hubo un silencio que no era cómodo.

—¿Estás bien? —dijo Bernardo, que era la misma pregunta que ella le había hecho a él semanas antes.

—Sí —dijo Vanessa.

Y luego, después de una pausa:

—Ten cuidado.

Lo dijo de una manera que podía significar muchas cosas. Bernardo eligió entenderlo en el sentido más literal y asintió y terminó de hacer la mochila y al día siguiente tomó el tren a Barcelona.

Los cuatro o cinco días se convirtieron en diez. No porque surgieran cosas importantes, sino porque Barcelona tenía una energía que Bernardo había olvidado durante los meses de Calafell y que ahora le resultaba a la vez estimulante y ligeramente culpable, como el vicio al que uno vuelve sabiendo que no debería. Vio a Ramírez, que le dijo que la segunda novela era mejor que la primera y que quería publicarla en otoño. Vio a amigos que no había visto desde hacía casi un año. Fue a dos presentaciones, a una lectura, a una cena que se prolongó hasta las tres de la mañana con gente que hablaba de libros y de política y de todo lo que se habla cuando uno es escritor y tiene treinta y un años y está en Barcelona en primavera.

Llamó a Vanessa dos veces. Las dos veces fue una conversación breve, sin conflicto aparente, con esa normalidad superficial que a veces es la señal de que algo debajo no está bien.

—¿Cómo va todo? —preguntó la segunda vez.

—Bien —dijo Vanessa—. El misal del coleccionista de Lleida llegó esta mañana. Trabajo para rato.

—¿Y tú cómo estás?

—Bien, Bernardo.

—¿Segura?

—Segura.

Hubo una pausa.

—Vuelvo el jueves —dijo Bernardo.

—De acuerdo —dijo Vanessa.

Volvió el sábado.

No hubo reproche cuando llegó. Vanessa estaba en el taller trabajando y lo saludó como si hubieran estado separados dos días y no diez, con esa ecuanimidad que Bernardo ya no sabía si admirar o temer. Subieron juntos a cenar, cocinaron algo sencillo, hablaron de la novela y del misal y de un libro que Vanessa había terminado de leer esa semana. Y en ningún momento del a noche ninguno de los dos dijo lo que había que decir, que era que algo había cambiado en esas semanas y que los dos lo sabían y que el silencio sobre ese cambio estaba ocupando un espacio que antes ocupaba otra cosa.

Esa noche Bernardo escribió en la libreta: he vuelto y todo parece igual y nada es igual. no sé si el problema soy yo o si el problema es que soy yo.

En el presente, la señal de Calafell aparece en el margen derecho de la autopista y Bernardo pone el intermitente y toma la salida con una calma que no siente pero que el cuerpo ejecuta de manera automática. Son casi las cinco de la tarde y la luz ha bajado otro grado hacia el naranja. La carretera comarcal lo lleva entre campos y urbanizaciones hasta que el pueblo aparece de pronto, con su perfil bajo y su puerto y el mar detrás, exactamente donde lo dejó.

Exactamente donde siempre estuvo.

Reduce la velocidad al entrar al casco antiguo. Las calles son las mismas, o casi las mismas: algunas fachadas renovadas, un par de negocios nuevos donde antes había otros negocios, la plaza con el banco donde se sentaba a escribir ahora con una farola diferente. Pero la estructura es la misma, y la manera en que las calles bajan hacia el puerto es la misma, y el olor a sal y a motor de barca que entra por la ventanilla entreabierta es el mismo olor de siempre.

Dobla por la calle del Muelle casi sin pensarlo, como si el coche supiera el camino.

La casa está al fondo, en el número cuatro. La ve desde lejos: las cintas amarillas de obra rodeando el perímetro, un cartel de la empresa constructora, las ventanas ciegas, la puerta del taller cerrada con un candado nuevo que contrasta con la madera vieja del marco. Bernardo aparca en el primer hueco que encuentra y se queda sentado en el coche con el motor apagado, mirando.

La buganvilla de la terraza ya no existe. Solo queda el hierro del soporte, oxidado, con unos tallos secos enredados que son lo único que sobrevive de aquella planta que en su tiempo fue espléndida.

Bernardo mira esos tallos durante un rato. Luego coge la libreta del asiento del copiloto, la abre en la primera página y escribe la fecha de hoy. Debajo escribe: he llegado. la casa sigue en pie. todavía.

Se baja del coche. El frío del noviembre costero le da en la cara con esa honestidad sin ceremonia del frío mediterráneo. Camina hasta la cinta amarilla y se queda ahí parado, a un metro de la puerta del taller, mirando el candado nuevo en el marco viejo.

Treinta y nueve años.

El tiempo, piensa Bernardo, no cura nada. El tiempo solo acumula. Y lo que se acumula sin resolverse termina siendo exactamente esto: un hombre de sesenta y cuatro años parado frente a una puerta cerrada en una tarde de noviembre, sin saber todavía lo que va a encontrar dentro pero sabiendo, con una certeza que le pesa en el pecho como una piedra plana y fría, que lo que sea que encuentre va a cambiar la manera en que entiende todo lo que vino después.

Busca en el bolsillo el papel con la dirección de la pensión donde ha reservado. Luego mira una vez más la casa, la terraza, los tallos secos donde estuvo la buganvilla.

—Aquí estoy —dice en voz baja, sin saber muy bien a quién se lo dice.

El viento del mar no responde. Pero tampoco lo contradice.

CAPÍTULO 6

La casa de las paredes que recuerdan

Presente. Calafell, primer día

La pensión donde Bernardo había reservado se llamaba Els Pescadors y estaba a dos calles del puerto, en un edificio moderno que no tenía nada que ver con Can Roser salvo el oficio. La mujer de la recepción era joven y eficiente y le dio la llave de la habitación del primer piso con una sonrisa profesional y la información de que el desayuno se servía hasta las diez. Bernardo subió, dejó la maleta sobre la cama sin abrirla, se lavó la cara en el baño y se quedó mirando su propio reflejo en el espejo durante un momento más de lo necesario.

Tenía el pelo completamente blanco desde hacía diez años y una cara que no le resultaba del todo familiar, que era algo que le ocurría a veces: mirarse y ver a un hombre que reconocía como suyo pero que no terminaba de coincidir con la imagen interna que tenía de sí mismo, que era siempre unos veinte años más joven y bastante menos cansado. Era una disociación menor y sin importancia, lo sabía. Pero esa tarde, en ese baño de pensión en Calafell, la disociación le pareció más pronunciada que de costumbre.

Bajó a la calle antes de que oscureciera del todo. Necesitaba caminar.

El puerto de noviembre era exactamente lo que esperaba: barcas amarradas, redes extendidas sobre el muelle para su revisión, dos o tres hombres trabajando en silencio con esa concentración de quien hace algo que ha hecho mil veces y no necesita pensarlo. El bar del puerto seguía ahí, con otro nombre pero en el mismo local, con las mismas sillas de plástico en la acera aunque a esa hora del año nadie las usaba. Bernardo entró y pidió un café en la barra. El barman era un hombre de unos cuarenta años a quien no conocía de nada, lo cual era esperable pero lo golpeó levemente de todas formas: la certeza de que el pueblo había seguido existiendo sin él, que las personas que había conocido habían envejecido o se habían ido o habían muerto y habían sido reemplazadas por otras personas que no sabían quién era él ni qué había ocurrido en la casa del número cuatro de la calle del Muelle.

—¿De paso? —preguntó el barman, con esa pregunta de pueblo que no es curiosidad intrusiva sino conversación razonable entre dos personas en una barra en noviembre.

—Vine a ver una casa —dijo Bernardo—. La van a demoler.

—¿La de la calle del Muelle?

Bernardo lo miró.

—La misma —dijo—. ¿La conoces?

—Aquí todo el mundo se conoce —dijo el barman—. Lleva vacía doce o trece años. Antes vivía ahí una mujer que restauraba libros. Se fue un día y no volvió. Después la tuvo en alquiler una familia de Tarragona unos años, y luego ya nadie.

—¿Recuerdas cómo se llamaba? La mujer que restauraba libros.

El barman pensó un momento, limpiando el mostrador con un trapo.

—Vanessa, me parece. No recuerdo el apellido. Era de antes de mi tiempo, me lo contó mi madre, que la conocía del mercado.

Bernardo bebió el café sin decir nada más.

—¿Eras amigo suyo? —preguntó el barman.

—Algo así —dijo Bernardo.

Pagó, dejó una propina que el barman agradeció con un gesto, y salió a la calle.

La mañana siguiente amaneció con un cielo limpio y frío y una luz de noviembre que lo hacía todo más nítido de lo habitual. Bernardo desayunó rápido, cogió el papel con el nombre del capataz de obras que le había dado el Ayuntamiento cuando llamó a confirmar la visita, y fue a la calle del Muelle.

El capataz se llamaba Rosell y era un hombre corpulento de unos cincuenta años con manos de trabajador y una mirada directa que a Bernardo le

pareció honesta. Estaba revisando unos planos apoyado en su furgoneta cuando Bernardo llegó.

—Usted debe ser el escritor —dijo Rosell, sin preámbulo.

—El mismo.

—Me avisaron del Ayuntamiento. Tienen media hora, que a las diez llega el equipo de topografía.

—Con eso tengo suficiente.

Rosell sacó un manojo de llaves, abrió el candado del taller y empujó la puerta. Esta cedió con un quejido de madera que llevaba años sin moverse y dejó entrar una bocanada de aire que olía a polvo y a humedad y a algo más difícil de nombrar, algo antiguo y quieto que Bernardo reconoció antes de poder identificarlo. Olía a papel. A pesar del tiempo, a pesar del abandono, el taller seguía oliendo a papel y a cola y a cuero viejo.

—Voy a estar afuera —dijo Rosell—. Si necesita algo me llama.

—Gracias —dijo Bernardo.

Entró solo.

La luz que entraba por las ventanas cubiertas de polvo era escasa y polvorienta, pero suficiente para ver. La mesa de trabajo grande seguía en el centro, con la superficie manchada y cuarteada pero intacta. Las estanterías a lo largo de las paredes estaban en su mayor parte vacías, con solo algún objeto olvidado: un frasco de cola reseco, una bobina de hilo encerado, un libro sin cubierta que alguien había dejado horizontal sobre la tabla superior. La lámpara de escritorio seguía en su sitio, aunque el cable estaba cortado. Y en la esquina, el sillón viejo donde Bernardo había pasado tantas tardes leyendo mientras Vanessa trabajaba: todavía ahí, con el tapizado descolorido y una raja en el apoyabrazos derecho que no recordaba si ya estaba antes o si había llegado después.

Se quedó parado en el centro del taller durante un rato sin moverse. No era que esperara que algo ocurriera. Era simplemente que necesitaba estar ahí, en ese espacio, dejando que el lugar le devolviera lo que guardaba, que era más de lo que había calculado.

Fue a la escalera del fondo que subía al piso. La subió despacio, probando cada peldaño antes de confiarle el peso, porque la madera tenía la consistencia incierta de lo que lleva años sin mantenimiento. El piso estaba en mejor estado de lo que esperaba: las paredes con manchas de humedad en las esquinas superiores, el suelo de madera oscuro y rayado pero sólido, las ventanas intactas aunque con años de suciedad acumulada en los cristales.

Recorrió las habitaciones en silencio. El dormitorio, con el suelo donde había estado la cama todavía marcado por las pequeñas hendiduras de las patas en la madera. La cocina, con la ventana al callejón lateral y el alféizar donde Vanessa ponía a secar las hierbas que compraba en el mercado los sábados. El baño, con la ducha que tardaba cinco minutos en dar agua

caliente. La sala, con la mancha oscura en el suelo junto a la ventana que era del brasero que usaban en invierno porque la calefacción no llegaba bien a ese rincón.

Y la terraza.

Abrió la puerta con algo de esfuerzo y salió. El hierro oxidado del soporte de la buganvilla estaba ahí, con los tallos secos enredados que había visto desde el coche el día anterior. El mar se veía entero desde ahí, sin obstáculos, de ese azul oscuro e intenso del Mediterráneo en noviembre. El viento llegaba directo y frío y olía a sal y a distancia.

Bernardo se apoyó en la barandilla y miró el agua durante un tiempo que no contó. Pensó en la Navidad de 1984, en las copas de vino de la Priorat, en las estrellas sobre el mar, en la promesa que Vanessa le había pedido y que él no había sabido hacer. Pensó en cuántas noches habían estado ahí los dos, en verano con el calor pegajoso del Mediterráneo y en invierno con el frío que los obligaba a entrar antes de lo que querían. Pensó en que la barandilla que ahora sostenía sus manos de sesenta y cuatro años era la misma barandilla que había sostenido las manos de los dos cuando tenían treinta y pocos y el tiempo les parecía algo que siempre habría de sobra.

Volvió a bajar al taller.

Revisó las estanterías vacías con una atención metódica, sin saber exactamente qué buscaba o si buscaba algo. Abrió los cajones de la mesa: vacíos también, salvo por unos clips oxidados y una goma de borrar que se había vuelto dura y reseca. Miró detrás de la estantería más grande, la que estaba contra la pared del fondo, que se había separado de la pared y ladeado levemente hacia adelante con el peso de los años.

Fue ahí donde lo vio.

Detrás de la estantería, en el espacio entre la madera y la pared, había una caja. Era una caja de madera de tamaño mediano, del tipo que se usa para guardar puros o instrumentos pequeños, con la tapa sellada con cera. Una cera oscura, casi negra, aplicada con cuidado alrededor de toda la junta. Bernardo la reconoció en el mismo instante en que la vio: la había comprado él en un mercado de antigüedades de Barcelona, un domingo de noviembre de 1984, y se la había regalado a Vanessa porque ella le había dicho que necesitaba un sitio para guardar los cuadernos que no quería que nadie leyera.

Se agachó y la tomó con las dos manos. Pesaba más de lo que recordaba, o más de lo que esperaba. La cera seguía intacta.

Se quedó un momento arrodillado en el suelo del taller con la caja entre las manos, sin abrirla. No porque no quisiera sino porque entendió, con una claridad repentina y un poco brutal, que lo que había dentro de esa caja iba a cambiar algo. No sabía qué ni cuánto. Pero lo sabía.

Salió al exterior. Rosell estaba apoyado en la furgoneta hablando por teléfono y levantó la vista cuando lo vio aparecer con la caja bajo el brazo. Terminó la llamada.

—¿Encontró lo que buscaba?

—Encontré algo que no sabía que buscaba —dijo Bernardo.

Rosell miró la caja con discreción profesional.

—¿Tiene autorización para llevarse cosas del inmueble? Técnicamente todo lo que hay dentro pertenece a la propiedad hasta la demolición.

—La caja es mía —dijo Bernardo—. La compré yo hace cuarenta años.

Rosell lo miró durante un segundo, evaluando, y luego asintió con la sencillez de quien decide que hay cosas que no necesitan más explicación.

—De acuerdo —dijo—. ¿Necesita volver mañana?

Bernardo miró la casa una vez más. La fachada, las ventanas ciegas, la puerta del taller con el candado puesto otra vez.

—Sí —dijo—. Si no le importa.

—La demolición empieza el treinta. Hasta entonces puede venir cuando quiera. Avíseme y le dejo abierto.

—Gracias, Rosell.

El capataz hizo un gesto con la mano que era entre de nada y suerte, y volvió a sus planos. Bernardo caminó hacia la pensión con la caja apretada contra el costado, por las mismas calles que había caminado treinta y nueve años atrás en distintas direcciones y con distintos pesos, y pensó que los pueblos tienen algo de los libros: guardan las historias de quien los ha habitado en sus paredes y en sus calles y en el olor del aire, y no las sueltan aunque pasen décadas, aunque cambien los nombres de los bares y se renueven las fachadas y lleguen personas nuevas que no saben nada de lo que ocurrió antes de que llegaran.

En la habitación de la pensión, puso la caja sobre la mesa junto a la ventana. La miró durante un momento. Luego fue al baño, se lavó las manos, se cambió el jersey por otro más grueso, encendió la lamparita de la mesilla porque la tarde estaba cayendo y la habitación se oscurecía, y se sentó en la silla frente a la mesa.

La cera estaba sellada con cuidado. Vanessa había hecho eso. Vanessa había guardado lo que había guardado en esa caja y la había sellado y la había dejado ahí, detrás de la estantería, en el taller donde los dos habían vivido casi un año. No era un olvido. Nadie sella una caja con cera y la esconde detrás de una estantería por descuido.

Era una decisión.

Bernardo posó las manos sobre la tapa sin abrirla todavía. Afuera, el viento del Mediterráneo movía los cables de la calle con un sonido suave y

persistente. El mar estaba a dos calles y se escuchaba, apenas, como un fondo constante debajo de todo lo demás.

Mañana, se dijo. La abro mañana.

Sabía que no iba a poder esperar hasta mañana. Pero necesitaba decírselo de todas formas, como se necesita respirar hondo antes de hacer algo que no tiene vuelta atrás.

CAPÍTULO 7

La desaparición

Flashback. Calafell, verano de 1985

El martes por la tarde que Vanessa fue a Tarragona, Bernardo estaba en Barcelona terminando una cena con su editor que se había prolongado más de lo previsto porque Ramírez era de los que no sabían terminar una conversación mientras quedara vino en la botella. Habían hablado de la segunda novela, que estaba en imprenta y saldría en septiembre, y de la tercera, que Bernardo tenía apenas esbozada en la libreta pero de la que Ramírez ya quería saber fechas y extensión aproximada, porque los editores piensan en libros futuros con la misma naturalidad con que los médicos piensan en pacientes que todavía no han enfermado.

Bernardo volvió a Calafell el miércoles por la noche. Vanessa ya dormía cuando llegó. Se acostó sin encender la luz y a la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, ella ya estaba en el taller. Todo era exactamente como siempre. Todo, en la superficie, era exactamente como siempre.

Lo que Bernardo no supo entonces, lo que no sabría hasta cuarenta años después cuando lo leyera en los cuadernos con la letra pequeña y apretada de Vanessa, era lo que había ocurrido el martes por la tarde en la consulta del neurocirujano en Tarragona. Vanessa había llegado puntual a las cinco, había esperado veinte minutos en una sala con sillas de plástico azul y una revista de decoración del año anterior, y cuando la llamaron había entrado al despacho del médico con esa compostura que era su manera de enfrentar las cosas que la asustaban: sin mostrar el miedo, no por orgullo sino porque mostrar el miedo le parecía una manera de darle más espacio del que merecía.

El médico se llamaba Puig Doménech y era un hombre de unos sesenta años, cuidadoso en sus palabras, que había revisado las pruebas con la atención de quien sabe que lo que va a decir importa y no quiere decirlo ni más ni menos de lo que es. Le explicó que el aneurisma estaba localizado en la arteria cerebral media del lado izquierdo, que tenía un tamaño que hacía la vigilancia insuficiente, que las opciones eran dos: la intervención quirúrgica, con sus riesgos, o la espera vigilada, con los suyos. Le explicó también que ninguna de las dos opciones garantizaba nada, que la medicina en estos casos trabaja con probabilidades y no con certezas, y

que la decisión era de ella y debía tomarla con tiempo y con la información que necesitara.

Vanessa escuchó todo sin interrumpir. Cuando el médico terminó, le hizo tres preguntas con esa precisión de quien ya había pensado en las preguntas antes de llegar. La primera: cuánto tiempo tenía para decidir. La segunda: si la intervención quirúrgica afectaría su capacidad de trabajar con las manos. La tercera: si podía seguir llevando una vida normal mientras decidía.

El médico respondió con la misma cuidadosa honestidad: el tiempo no era ilimitado pero tampoco urgía en días; la intervención conllevaba riesgos neurológicos que podían afectar la motricidad fina, aunque no era el resultado más probable; y sí, podía seguir con su vida normal mientras tomaba la decisión.

Vanessa le dio las gracias, recogió los informes que le entregó la enfermera, y salió al pasillo. Caminó hasta el ascensor, bajó a la planta baja, cruzó el vestíbulo del hospital y salió a la calle de Tarragona en una tarde de julio que era perfectamente ordinaria: calor, tráfico, gente en las terrazas, el olor a mar que llegaba desde el sur. Se sentó en un banco de la Rambla Vella y estuvo ahí un tiempo que no supo medir, mirando pasar a la gente, escuchando el ruido de la ciudad que seguía siendo el mismo ruido de siempre como si nada hubiera cambiado, que era al mismo tiempo lo más absurdo y lo más reconfortante de la situación.

Esa noche, de vuelta en Calafell, Bernardo todavía no había llegado de Barcelona. Vanessa subió al piso, se hizo una infusión, se sentó en la terraza con la vista al mar y estuvo ahí hasta que oscureció del todo. Luego abrió uno de sus cuadernos y escribió durante mucho tiempo.

Lo que escribió esa noche Bernardo lo leería cuarenta años después, sentado en una pensión a dos calles del puerto, con las manos que le temblaban levemente sin que pudiera hacer nada al respecto. Vanessa escribía con esa prosa directa y sin adorno que era la suya, sin buscar el efecto ni la belleza sino la precisión, como quien escribe para entender y no para ser leído. Escribía que tenía miedo, primero. Que el miedo era físico y concreto, localizado en algún lugar del pecho que no era exactamente el corazón. Que había pensado en Bernardo durante todo el camino de vuelta en el tren y que pensar en él le había clarificado algo que antes de esa tarde era todavía borroso.

No quería que Bernardo lo supiera.

No porque no confiara en él. No porque pensara que no podría soportarlo. Sino porque conocía a Bernardo con esa intimidad de los meses compartidos que le permitía saber cómo iba a reaccionar: se quedaría. Se quedaría por amor y por responsabilidad y por esa mezcla de culpa y de ternura que tienen los hombres buenos cuando alguien a quien quieren está en peligro. Y quedarse así, por esas razones, iba a convertirlo en otra cosa. Iba a convertir lo que tenían en otra cosa. Y lo que tenían era

demasiado real y demasiado honesto para dejar que se convirtiera en otra cosa.

Había también, escribía Vanessa esa noche en la terraza, otra razón que le costaba más admitir pero que era igualmente verdadera: no quería que la última imagen que Bernardo tuviera de ella fuera la de una mujer enferma esperando una decisión médica que podía salir bien o salir mal. Quería que la imagen que guardara fuera la que merecía guardarse.

Tomó la decisión esa noche. No de golpe sino de manera paulatina, como se toman las decisiones que uno ya había tomado en algún lugar antes de saber que las estaba tomando.

Durante las semanas siguientes, Bernardo no notó nada. O notó algo y no supo qué era. Vanessa seguía siendo Vanessa: trabajaba, cocinaba cuando le tocaba, salía a caminar los fines de semana, leía por las noches con el lápiz en la mano. Pero había algo en ella que era diferente y que Bernardo no sabía cómo nombrar, algo parecido a una atención más intensa, como si estuviera mirando las cosas con más cuidado que antes, guardándolas.

Una noche de julio, tarde, Vanessa lo miró desde el otro lado de la mesa de la cocina y le dijo:

—¿Recuerdas lo que te dije en Navidad? Lo de la promesa.

Bernardo la miró.

—Lo recuerdo.

—¿Y la harías? ¿La promesa?

—¿Por qué me lo preguntas ahora?

—Porque quiero saber.

Bernardo dejó el libro que tenía en las manos.

—Sí —dijo—. La haría.

Vanessa asintió, como si eso cerrara algo.

—Bien —dijo, y volvió a su libro.

Bernardo la miró todavía un momento.

—Vanessa.

—¿Qué.

—¿Estás bien?

Ella levantó la vista. Lo miró de una manera que él no había visto antes, o que había visto pero no había sabido leer: directa, sin reservas, con algo en el fondo que no era tristeza exactamente sino algo más parecido a la consciencia, a estar completamente presente en un momento que sabe que va a terminar.

—Estoy bien —dijo—. Estoy muy bien.

Y lo decía en serio, que era lo que hacía tan difícil de leer.

La mañana que Bernardo salió hacia Barcelona para el último viaje antes de que todo cambiara, Vanessa bajó con él hasta la puerta del taller. Era un martes de agosto, temprano, con el aire todavía fresco y el puerto desierto a esa hora. Bernardo tenía la mochila al hombro y el tren salía a las ocho y diez.

—Vuelvo el viernes —dijo.

—De acuerdo.

—Esta vez de verdad el viernes.

—Ya sé —dijo Vanessa.

Se miraron un momento. Luego ella le puso una mano en el pecho, despacio, y lo miró de frente.

—Bernardo —dijo.

—¿Qué.

—Nada. Cuídate.

Lo dijo de una manera que no era un cuídate ordinario. Lo dijo de la manera en que se dicen las cosas cuando uno sabe que son las últimas que va a decir y quiere que pesen lo justo, ni más ni menos.

Bernardo lo interpretó como cariño. Era también cariño. Era las dos cosas al mismo tiempo.

Llegó a Barcelona el martes, vio a Ramírez el miércoles, resolvió los asuntos que tenía pendientes el jueves, y el viernes por la mañana, cuando ya tenía el billete de tren comprado y la mochila hecha, recibió una llamada de un periodista de Madrid que quería hacerle una entrevista sobre la segunda novela, que acababa de aparecer en las librerías y que estaba teniendo una recepción mejor de lo esperado. La entrevista podía hacerse el lunes. Bernardo cambió el billete.

Volvió el miércoles siguiente. Eran casi las siete de la tarde cuando llegó a Calafell y subió por la calle del Muelle con la mochila al hombro y esa mezcla de alivio y de culpa leve que sentía siempre al volver de los viajes que se habían prolongado más de lo prometido.

La puerta del taller estaba cerrada. Era tarde para el horario de trabajo, normal. Subió al piso. La puerta también estaba cerrada, pero con la llave, como siempre. Entró.

La cocina estaba limpia y ordenada. La sala, igual. En el dormitorio, el armario de Vanessa estaba vacío. No del todo, quedaban algunas perchas y un jersey olvidado en el fondo, pero la mayor parte de su ropa había desaparecido. Bernardo se quedó parado delante del armario abierto durante un tiempo que no supo medir.

Fue a la cocina. Sobre la mesa del comedor había una hoja de papel doblada. La abrió.

La letra de Vanessa, pequeña y apretada, decía: Bernardo, si estás leyendo esto es porque no fui capaz de terminar de escribirte lo que necesito decirte. Quiero que sepas que —

Ahí se interrumpía.

Bernardo leyó la frase tres veces. Luego la dobló, la guardó en el bolsillo de la chaqueta, y se sentó en la silla de la cocina. La taza del desayuno de Vanessa estaba lavada y puesta a secar junto al fregadero. El resto de la cocina estaba igual que siempre. Solo ella no estaba.

Esperó dos semanas. Durmió en la casa, bajó cada mañana a abrir el taller porque no sabía qué otra cosa hacer, y esperó. Fue al bar del puerto a preguntar. Fue a la pensión de la señora Rosa.

—Se fue hace unos días —dijo la señora Rosa—. Con maletas. No me dijo adónde.

—¿Le dijo algo?

La señora Rosa lo miró con la expresión de quien sabe algo que no está segura de si debe decir.

—Me dijo que cuidara la begonia de la terraza mientras ella no estaba —dijo al fin—. Que volvería a buscarla.

—¿Y volvió?

—No —dijo la señora Rosa—. La begonia se secó a los dos meses. Lo siento.

Bernardo fue al médico del pueblo, que no sabía nada. Fue a la farmacia, donde conocían a todo el mundo, y la farmacéutica frunció el ceño cuando le preguntó por Vanessa Soler pero no dijo nada concreto. Fue a la oficina de correos por si había dejado una dirección de reenvío. No había dejado nada.

Al final del mes hizo la maleta. No la mochila de los viajes cortos sino la maleta grande, la de las mudanzas. La llenó con sus libros y su ropa y la máquina de escribir y la libreta donde había estado escribiendo la tercera novela y que dejó de escribir esa tarde para no volver a abrirla en cuatro meses.

Antes de salir, fue al taller. Lo recorrió una última vez. Dejó las llaves sobre la mesa de trabajo de Vanessa, junto al frasco de cola y la espátula y las herramientas ordenadas que ella había dejado en su sitio antes de irse, como si fuera a volver a usarlas al día siguiente.

Cerró la puerta del taller. Cerró la puerta del piso. Bajó a la calle con la maleta y caminó hasta la parada del autobús.

Tardó treinta y nueve años en volver.

CAPÍTULO 8

Las cartas que nunca llegaron

Presente. Calafell, segunda noche

No esperó hasta la mañana siguiente.

Lo había sabido desde el momento en que se lo dijo a sí mismo, que era la única persona a quien se lo había dicho y que tampoco le había creído del todo. Se quedó mirando la caja sobre la mesa durante quizás veinte minutos, con las manos apoyadas sobre la tapa y el ruido del viento en los cables de la calle como único sonido, y luego fue a la cocina pequeña de la pensión a buscar algo con qué trabajar la cera. Encontró una espátula de plástico para untar mantequilla que no iba a servir de nada y volvió a la habitación con las tijeras de manicura del neceser, que eran lo más parecido a un instrumento preciso que llevaba encima.

Trabajó la cera con la punta de las tijeras con una paciencia que no sentía pero que el momento requería. La cera era vieja y reseca y cedió en escamas oscuras que fueron cayendo sobre la mesa. Cuando el borde estuvo limpio levantó la tapa.

Dentro había siete cuadernos de tapa dura, de distintos colores. Debajo de los cuadernos, un fajo de hojas dobladas sujetas con una goma elástica que se rompió en el momento en que la tocó, convertida en polvo por el tiempo. Y debajo de las hojas, en el fondo de la caja, una fotografía.

La fotografía era de los dos en la terraza, en verano. Él mirándola a ella. Ella mirando al mar. Nadie posando para nada. La había tomado Montse, la amiga de Vanessa, una tarde que había subido a tomar una copa y que había sacado la cámara sin avisar. Bernardo no recordaba haberla visto nunca.

Llamaron a la puerta. Tres golpes breves.

Bernardo dejó la fotografía sobre la mesa y fue a abrir. Era la chica de la recepción, una muchacha de unos veinte años con delantal y una expresión levemente disculpándose.

—Perdone que moleste. Son las once y media y la cocina cierra a las doce. ¿Quiere que le suba algo? No ha bajado a cenar.

Bernardo la miró un momento como si la pregunta requiriera traducción.

—No, gracias —dijo—. No tengo hambre.

—¿Seguro? Tenemos caldo, si prefiere algo ligero. No es molestia.

—Un momento —dijo Bernardo.

Fue a la mesilla, cogió el monedero, volvió a la puerta.

—Deme el caldo —dijo—. Y si tiene algo de pan.

—Ahora mismo se lo subo.

Cerró la puerta y volvió a la mesa. Cogió el primer cuaderno, el azul más antiguo, que tenía en la primera página la fecha de septiembre de 1984. Tres meses antes del diagnóstico. Antes de que nada de lo que vendría después existiera todavía.

Leyó.

La letra de Vanessa era pequeña y apretada y muy regular, como la de alguien que ha aprendido a escribir mucho en poco espacio. El primer cuaderno no era sobre la enfermedad. Era, simplemente, sobre él. Sobre los meses de otoño e invierno, sobre las cosas que Bernardo hacía y decía que ella iba guardando con la atención de restauradora acostumbrada a tratar con cosas que importa no perder. Había una entrada de octubre donde describía la primera vez que lo había visto cocinar. Había otra de noviembre sobre una conversación que habían tenido caminando de noche por el puerto, transcrita casi entera con los silencios anotados entre corchetes como acotaciones de teatro. Había una de diciembre, breve, que decía: esta noche se quedó dormido leyendo con el libro sobre el pecho y lo estuve mirando un rato antes de apagar la luz. hay personas que duermen como si el mundo fuera un lugar seguro. él es una de esas personas. no sé si eso es una virtud o una forma de la ingenuidad pero de las dos maneras me parece que vale la pena.

Llamaron otra vez. Era la chica con una bandeja: el caldo, pan, una manzana que no había pedido.

—Le puse la manzana por si acaso —dijo ella—. ¿Está bien? Si me permite decirlo, tiene usted mala cara.

—He tenido un día largo —dijo Bernardo.

—¿Necesita algo más?

—No. Muchas gracias.

—Si necesita algo me llama. Estoy hasta la una.

Cerró la puerta. Bernardo dejó la bandeja en la mesilla sin tocarla todavía y siguió leyendo.

El segundo cuaderno comenzaba en febrero de 1985 y el tono cambiaba de manera casi imperceptible, como cambia la luz en una habitación cuando una nube pasa sobre el sol. Vanessa escribía con la misma precisión pero había una conciencia nueva, una atención a los detalles que antes era natural y que ahora parecía deliberada, como si estuviera inventariando. En marzo aparecía por primera vez, entre paréntesis, una mención a los dolores de cabeza: (hoy otra vez el dolor detrás del ojo izquierdo, ya van cuatro veces este mes, tendré que ir al médico si sigue).

Bernardo dejó el cuaderno sobre la mesa.

—Ya estaban —dijo en voz alta, a nadie.

Se levantó, fue a la ventana, la abrió un momento. El aire de la noche entró frío y con olor a mar. Lo dejó abierta unos segundos y luego la cerró. Cogió el caldo, que ya estaba tibio, y bebió la mitad de pie junto a la mesilla. Luego volvió a la silla y siguió.

El tercer cuaderno era de julio, y comenzaba el día después de la visita al neurocirujano en Tarragona. Vanessa describía la consulta con una precisión que debía haberle costado esfuerzo mantener: el sillón azul de la sala de espera, el tono de voz del médico, las tres preguntas que le había hecho y

las respuestas que había recibido. Y luego, en las páginas siguientes, escribía sobre la decisión.

Escribía que no quería que Bernardo lo supiera. No porque no confiara en él, sino porque conocía a Bernardo con esa intimidad de los meses compartidos que le permitía saber cómo iba a reaccionar: se quedaría. Se quedaría por amor y por responsabilidad y eso iba a convertir lo que tenían en otra cosa. Y lo que tenían era demasiado real para convertirse en otra cosa.

Bernardo leyó ese párrafo y tuvo que parar.

—Vanessa —dijo en voz baja.

No era una pregunta ni una queja. Era simplemente su nombre, dicho en voz alta en una habitación de pensión en Calafell cuarenta años después, porque necesitaba decirlo y no había nadie más a quien decírselo.

Bebió el resto del caldo. Comió un poco de pan. Siguió leyendo.

Los cuadernos cuarto, quinto y sexto correspondían a los cuatro años en Oviedo. Una vida ordenada y tranquila en una ciudad que no conocía, con trabajo en la biblioteca de la universidad restaurando fondos bibliográficos y un piso pequeño cerca del centro. En esos cuadernos seguía escribiéndole a Bernardo de manera constante: cuando leía una de sus novelas y anotaba las frases que reconocía como suyas sin que él lo supiera, cuando lo veía en los escaparates de las librerías y se detenía un momento antes de seguir.

Había una entrada de octubre de 1987 que lo dejó inmóvil: hoy compré la segunda novela de Bernardo. la leí en dos días. hay una mujer en el capítulo cuatro que dice las cosas de la misma manera que yo las digo, con esa sintaxis de ir directo al centro sin rodeos. no sé si me inventé ese parecido o si está ahí de verdad. prefiero creer que está ahí de verdad.

Bernardo abrió el ordenador. Tenía los archivos de todas sus novelas guardados desde hacía años en una carpeta que nunca reorganizaba. Buscó la segunda novela, La orilla que se queda, y fue directamente al capítulo cuatro. Leyó la escena donde aparecía Elena, que era como se llamaba el personaje. Elena decía, en la página noventa y tres: las cosas importantes no se explican, se demuestran o no se demuestran, y cuando no se demuestran ya no importa si se explican.

Bernardo cerró el ordenador.

—Dios mío —dijo.

Se quedó mirando la pared durante un rato. Luego cogió el séptimo cuaderno, el último, el de color mostaza con la mancha de tinta en la cubierta.

Era de 1989. Los primeros meses de 1989, porque el cuaderno terminaba en agosto y Vanessa había muerto en septiembre, según la fecha que había encontrado en la última carta del fajo, escrita con la letra de otra persona, de alguien que firmaba como Montse y que decía solo: Bernardo, no sé si

esta dirección todavía es buena. Vanessa murió el 14 de septiembre. Quiso que lo supieras. Perdóname por no haberlo buscado antes.

Bernardo había leído esa carta la primera, sin darse cuenta de que era de Montse y no de Vanessa, y había tenido que releerla dos veces para entender lo que decía. Era la única carta del fajo que no era de Vanessa. Era también la más breve.

La última entrada del cuaderno mostaza era del tres de agosto de 1989. La letra era algo menos regular que las anteriores, como si la mano hubiera perdido algo de su firmeza habitual. Decía: hoy el médico ha hablado de semanas. yo le he dicho que semanas es mucho tiempo si se viven bien. me ha mirado como me miran siempre cuando digo ese tipo de cosas, con esa mezcla de respeto y de no saber qué hacer conmigo. está bien. ya estoy acostumbrada.

Y en la última página del cuaderno, sin fecha, con una letra que era reconociblemente de Vanessa pero más lenta, más trabajada:

Bernardo. Llevo cuatro años escribiéndote cartas que no te mando y cuadernos que no vas a leer y no sé muy bien qué estoy haciendo ni para quién lo hago, pero sigo haciéndolo porque es la única manera que tengo de seguir hablando contigo y contigo es con quien más quiero hablar. Siempre esperé que vinieras a buscarme. No a Oviedo, no a este piso, sino a buscarme de la manera en que se busca a alguien cuando uno no puede no hacerlo. Sé que no tiene sentido esperarlo porque tú no sabes dónde estoy ni por qué me fui. Pero lo esperé de todas formas, que es lo que hace uno con las cosas irracionales: las espera igual. Supongo que ninguno de los dos fue suficientemente valiente. Tú para quedarte del todo cuando tocaba. Yo para decirte la verdad cuando podía. Cuídate, Bernardo. Escribe cosas verdaderas. V.

Bernardo cerró el cuaderno.

El teléfono sonó en ese momento con una vibración sobre la mesa que lo sobresaltó. Era Carmen Iglesias. Miró la pantalla durante tres timbrazos y luego contestó porque no contestar habría requerido una energía que no tenía.

—Carmen.

—Bernardo, por fin. Llevo toda la tarde llamándote. ¿Estás bien?

—Estoy en Calafell.

—Ya sé que estás en Calafell. ¿Estás bien?

Bernardo miró la mesa con los cuadernos extendidos, la fotografía, las escamas de cera oscura, la manzana sin tocar.

—He encontrado algo —dijo.

—¿Qué has encontrado?

—Los cuadernos de Vanessa.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—¿Quién es Vanessa? —preguntó Carmen, con esa cautela de quien intuye que la pregunta abre algo grande.

—Es una historia larga —dijo Bernardo.

—Tengo tiempo.

—Ahora no, Carmen. Ahora no puedo.

Otra pausa.

—¿Necesitas algo?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. Te llamo mañana.

—De acuerdo —dijo Carmen. Y luego, antes de colgar—: Bernardo.

—¿Qué.

—Lo que sea que hayas encontrado, no lo pierdas.

Colgó antes de que él pudiera responder. Bernardo dejó el teléfono sobre la mesa y se quedó mirándolo un momento. Luego miró la fotografía. Él mirándola a ella. Ella mirando al mar.

No lloró en ese momento. Lloró más tarde, cuando ya era muy tarde y la calle estaba completamente en silencio y él seguía sentado en la misma silla con la carta de Vanessa en la mano. Lloró en silencio y durante bastante tiempo, con esa forma de llorar de los hombres que no lo hacen con frecuencia y que cuando lo hacen no saben muy bien qué hacer con ello.

Después se quedó quieto.

Afuera el viento seguía moviendo los cables. El mar estaba a dos calles y se escuchaba su ruido constante y sin urgencia.

Vanessa le había pedido una vez que cuando todo terminara lo recordara bien. Que no lo dejara convertirse en algo que doliera más de lo que valió.

Lo estaba intentando.

Todavía lo estaba intentando.

CAPÍTULO 9

Todo lo que escribí después fue para ti

Presente / Flashback entrelazados

Amaneció sin que Bernardo se diera cuenta de que había amanecido.

Había pasado la noche en la silla, con los cuadernos y las cartas extendidos sobre la mesa en el orden en que los había leído, y en algún momento entre las tres y las cinco de la mañana había dejado de leer y se había quedado simplemente sentado, mirando la fotografía, con el ruido del mar de fondo y la lamparita de la mesilla dando su luz amarilla sobre todo aquello. No

había dormido. No lo había intentado. Había habido momentos de algo parecido al duermevela donde el pensamiento se volvía menos ordenado pero no desaparecía del todo, y en esos momentos los recuerdos habían llegado mezclados y sin cronología, como llegan siempre los recuerdos cuando uno no está en condiciones de organizarlos.

Cuando la luz del día empezó a filtrarse por la ventana Bernardo la miró un momento y luego miró sus propias manos, que tenían la rigidez de quien ha pasado muchas horas en la misma posición. Se levantó con esfuerzo, fue al baño, abrió el grifo de la ducha y estuvo debajo del agua caliente durante más tiempo del habitual, sin pensar en nada concreto, dejando que el calor hiciera lo que podía.

Bajó a desayunar tarde. La chica de la noche anterior no estaba, la había reemplazado un hombre de mediana edad con mandil que le puso el café sin preguntarle nada.

—¿Quiere huevos? —dijo el hombre.

—Solo el café —dijo Bernardo.

—¿Y tostadas?

—De acuerdo. Tostadas.

Se sentó junto a la ventana. El comedor estaba casi vacío: una pareja de edad que desayunaba en silencio con esa comodidad de los matrimonios largos que no necesitan llenarlo todo de palabras, y un hombre joven con ordenador que tecleaba sin levantar la vista. Bernardo bebió el café mirando la calle. La mañana de Calafell era gris y quieta, con el viento que había amainado durante la noche y el mar al fondo de las calles de un color plomizo y liso.

Encendió el teléfono. Había un mensaje de Carmen Iglesias de las nueve de la mañana que decía: cuando puedas. sin prisa. Y había un mensaje de un número que no reconoció hasta que leyó la firma: era Montse.

Lo leyó dos veces.

Montse había encontrado su número a través de la editorial, según explicaba en el mensaje, porque había visto en internet que era el autor de las novelas que Vanessa había tenido en sus estanterías durante años, y había tardado mucho tiempo en decidirse a escribirle porque no sabía si era su lugar hacerlo pero al final había pensado que sí, que era su lugar, que alguien tenía que hacerlo. Decía que vivía en Tarragona. Decía que había sido la mejor amiga de Vanessa y que la había acompañado durante los cuatro años de Oviedo y que había estado con ella al final. Y decía que si Bernardo alguna vez quería hablar, ella estaba disponible.

Bernardo leyó el mensaje una tercera vez. Luego marcó el número.

Montse contestó al segundo tono, como si hubiera estado esperando la llamada.

—Bernardo —dijo, y su voz era la de una mujer de su edad, serena y con algo de cautelosa en el fondo.

—Montse —dijo él—. Acabo de leer tu mensaje.

—Gracias por llamar. No sabía si ibas a hacerlo.

—Estoy en Calafell —dijo Bernardo—. Encontré la caja.

Hubo una pausa breve.

—Entonces ya lo sabes todo —dijo Montse.

—Creo que sí. O lo suficiente.

—¿Estás bien?

—No lo sé todavía —dijo Bernardo con honestidad—. ¿Tú sabías lo que había en la caja?

—Sabía que existía. Ella me dijo que había dejado algo en la casa, antes de irse de Calafell. Me dijo que si alguna vez aparecías tú lo encontrarías, y que si no aparecías tampoco importaba porque nadie más necesitaba leerlo.

Bernardo procesó eso en silencio durante un momento.

—¿Por qué no me buscaste antes? —dijo. No era un reproche, o no del todo.

—Porque ella me pidió que no lo hiciera —dijo Montse—. Me dijo que si tú querías encontrarla ya lo harías, y que si no lo hacías era porque había razones. Lo respetó durante cuatro años. Y yo lo respeté después.

—¿Y la carta que me mandaste cuando murió?

—Esa sí me la pidió ella. Me dio el sobre cerrado el último mes y me dijo que si tenía dirección te la mandara. En ese momento tenía la de tu editorial, del sobre de uno de tus libros que había guardado. No sé si llegó.

—Llegó —dijo Bernardo—. Tardé años en entender que era de ti.

Montse no dijo nada durante un momento.

—Era lo menos que podía hacer —dijo al final.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Fue bien? Los últimos meses, quiero decir. ¿Fue bien?

Montse tardó un poco en responder, con esa pausa de quien quiere ser honesta y al mismo tiempo cuidadosa.

—Fue como era ella —dijo—. Sin drama. Con dignidad. Se quedó trabajando hasta que las manos no le obedecieron del todo, y después leyó, y cuando ya no pudo leer escuchó audiolibros y música y hablaba. Hablaba mucho al final. Decía que había guardado demasiadas cosas adentro durante demasiado tiempo y que ya era hora de gastar las palabras que le quedaban.

—¿Habló de mí?

—Sí.

—¿Qué decía?

—Decía que te quería —dijo Montse, con una sencillez que no admitía matices—. Y decía que los dos habían sido un poco cobardes y que eso estaba bien, que la cobardía también forma parte de querer a alguien, que nadie quiere de manera perfecta y que exigir perfección al amor es una manera de no querer nada.

Bernardo escuchó eso sin decir nada.

—¿Sigues ahí? —dijo Montse.

—Sigo —dijo él—. Estoy pensando.

—Tómate el tiempo que necesites.

—¿Cuándo puedo verte?

—Cuando quieras. Vivo en Tarragona, como te dije. Está a media hora de Calafell.

—Mañana —dijo Bernardo—. Si no te parece demasiado pronto.

—No me parece demasiado pronto —dijo Montse—. Me parece que ya es suficientemente tarde.

Colgaron. Bernardo se quedó mirando el teléfono sobre la mesa del comedor. El hombre del mandil se acercó a retirar las tazas.

—¿Le traigo algo más?

—Otro café —dijo Bernardo—. Por favor.

Subió a la habitación con el segundo café y se sentó frente a los cuadernos de Vanessa, que había dejado sobre la mesa en el mismo orden de la noche anterior. Los miró durante un rato sin abrirlos. Luego abrió el ordenador.

Tenía los archivos de todas sus novelas en una carpeta que no reorganizaba nunca. Los fue abriendo uno por uno, empezando por la segunda, La orilla que se queda, donde Vanessa había reconocido a Elena. Leyó el capítulo cuatro entero. Luego abrió la tercera novela, que había empezado a escribir en Calafell y terminado meses después, en otro puerto, en otra ciudad, con el dolor todavía fresco y la rabia todavía sin nombre. La leyó por encima, saltando de escena en escena, buscando.

Estaba ahí. No en una página concreta ni en un personaje concreto sino distribuida por toda la novela, en la manera en que la protagonista femenina miraba las cosas, en su forma de hablar sin rodeos, en esa serenidad que Bernardo había intentado capturar sin saber muy bien cómo y que los lectores habían leído como un rasgo de carácter inventado con habilidad.

Abrió la cuarta novela. Y la quinta. Y fue pasando por todas ellas con la sensación creciente y un poco vertiginosa de quien mira un álbum de fotos de su propia vida y descubre que en todas las fotos, en segundo plano o en primero, siempre aparece la misma persona.

Vanessa estaba en todas.

No de manera idéntica ni obvia, porque Bernardo no era un escritor que repitiera, y cada novela tenía su propia arquitectura y sus propios personajes con sus propias vidas. Pero había algo que persistía, un residuo de ella que él había llevado de novela en novela sin saberlo: la manera de mirar las cosas desde un lugar sereno que no era indiferencia, la capacidad de decir lo importante sin preparación previa, esa conciencia del tiempo que tenían las personas que saben que el tiempo es lo que es y hay que vivirlo entero.

Veintisiete novelas. Veintisiete veces Vanessa, disfrazada de otros nombres, en otros puertos, con otras historias que siempre terminaban de la misma manera: con una ausencia que el protagonista no sabía cómo nombrar.

Bernardo cerró el ordenador.

Se quedó mirando la pared durante un rato largo. Luego cogió la libreta nueva que había traído de Madrid y que todavía no había estrenado, la abrió en la primera página, y escribió la fecha en la esquina superior. Luego se quedó mirando la página en blanco.

En el verano de 1984, la primera noche después de conocer a Vanessa, había escrito en la libreta de entonces: tenía la forma de algo que iba a quedarse. Lo había escrito como si fuera el principio de una historia. Y era el principio de una historia, pero no de la que él creía que estaba comenzando.

Era el principio de esta.

Escribió en la libreta nueva, despacio, sin tachar: durante cuarenta años escribí sobre el amor que perdí sin saber que lo estaba haciendo. ahora lo sé. ahora tengo que decidir qué hago con saberlo.

Luego escribió, debajo, con una determinación que sorprendió al propio Bernardo porque no la había planeado: la novela veintinueve va a ser diferente a todas las demás. va a ser la única que escriba con su nombre verdadero.

Cerró la libreta. Fue a la ventana y la abrió. El aire de noviembre entró con su olor a sal y a mar y a algo verde e indefinido que venía del interior. Bernardo lo respiró durante un momento con los ojos cerrados.

Recordó una tarde de agosto de 1984, en el taller, cuando Vanessa había levantado la vista del libro que estaba reparando y le había preguntado, sin preámbulo ni contexto visible: ¿escribes cosas verdaderas o cosas bonitas?

Él no había sabido qué responder entonces.

Ahora lo sabía.

Cerró la ventana, cogió la libreta y los cuadernos de Vanessa, los metió con cuidado en la maleta junto con la fotografía y la última carta, y bajó a la recepción.

—Voy a salir unas horas —le dijo al hombre del mandil, que resultó ser también el encargado de la recepción a esa hora—. ¿Puedo dejar la llave aquí?

—Claro. ¿Vuelve a comer?

—No lo sé. Puede que tarde.

—No hay problema. La cocina cierra a las tres pero si avisa con tiempo le guardamos algo.

—Gracias —dijo Bernardo.

Salió a la calle. Caminó hacia el puerto sin prisa, con las manos en los bolsillos del abrigo, por las mismas calles que había caminado treinta y nueve años atrás en distintas direcciones y con distintos pesos. El pueblo a esa hora tenía su actividad de mañana de laborable: el pescadero sacando las cajas del camión, dos mujeres hablando en la puerta de la panadería, un niño en bicicleta que dobló la esquina casi sin mirar y lo esquivó en el último momento con la destreza inconsciente de la infancia.

Llegó al puerto y se sentó en el mismo banco donde se había sentado la noche de la llegada, frente al mar. Sacó la libreta y la abrió donde había escrito. Leyó las dos frases que había escrito arriba. Luego escribió, debajo de todo, las tres palabras que llevaban cuarenta años esperando la página que les correspondía.

Para ti, Vanessa.

Las miró durante un momento. Luego siguió escribiendo, porque una vez que uno empieza lo que tiene que empezar ya no hay razón para parar, y el mar estaba ahí delante con su ruido constante y sin urgencia, y la mañana de noviembre era fría y clara, y Bernardo Valcárcel tenía sesenta y cuatro años y veintiocho novelas publicadas y una historia que contar que era la más verdadera de todas las que había contado y la única que todavía no había escrito.

CAPÍTULO 10

Los resplandores que rasguñan el mar

Presente. Calafell, último día antes de la demolición

Tarragona en noviembre tenía esa belleza austera de las ciudades romanas en invierno, cuando los turistas se van y la ciudad vuelve a ser de quien vive en ella. Bernardo llegó a mediodía, aparcó cerca de la Rambla Vella y llamó a Montse desde el coche para decirle que ya estaba.

—Estoy en el bar de la esquina con Fortuny —dijo ella—. El que tiene las mesas verdes afuera.

—Ahora mismo voy.

La reconoció antes de que ella lo reconociera a él. Era una mujer de su edad, o casi, con el pelo gris cortado corto y una manera de sentarse que le

recordó vagamente a algo que no supo identificar hasta que estuvo más cerca y entendió que era la postura de alguien acostumbrado a esperar sin impaciencia. Llevaba un café delante y un libro cerrado junto a la taza, con el dedo dentro para no perder la página.

Montse levantó la vista cuando él se acercó a la mesa y lo miró un momento antes de decir nada, con esa atención de quien está cotejando una imagen real con una imaginada durante mucho tiempo.

—Bernardo —dijo.

—Montse.

Se dieron la mano con la levedad de dos personas que se conocen de una historia compartida pero no entre sí, que es una forma de conocerse que no tiene protocolo establecido. Bernardo se sentó. Vino el camarero y pidió un café.

—Te imagina ba diferente —dijo Montse.

—¿Cómo me imaginabas?

—No lo sé exactamente. Más alto, quizás. O con menos cara de haber dormido mal.

—No he dormido bien en dos días —dijo Bernardo.

—Ya me lo imaginaba también.

Llegó el café. Bernardo lo removió sin beberlo todavía.

—¿Cuánto tiempo fuisteis amigas? —preguntó.

—Desde los dieciséis años —dijo Montse—. Nos conocimos en el instituto de Tarragona. Éramos del mismo barrio. —Hizo una pausa breve—. Cuando se fue a Calafell yo me quedé aquí. Pero nos veíamos. Cada dos o tres semanas, más o menos. Era la distancia justa para quererse bien sin estorbarse.

—¿Sabías lo del aneurisma desde el principio?

—Me lo dijo el mismo día que volvió de la consulta con Puig Doménech. Llegó a mi casa a las ocho de la tarde con una botella de vino y me dijo que tenían que hablar. Así era ella: cuando algo era importante lo decía de frente y sin rodeos.

—¿Y qué te dijo de mí? En ese momento, quiero decir.

Montse consideró la pregunta.

—Me dijo que te quería y que por eso no iba a decírtelo. Yo no estuve de acuerdo. Se lo dije. Discutimos bastante aquella noche, de hecho.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que era una decisión equivocada. Que quitarte la posibilidad de elegir no era protegerte sino subestimarte. Que los hombres también tienen derecho a estar presentes en las cosas difíciles.

—¿Y ella?

—Ella me escuchó, que era lo que hacía siempre cuando no estaba de acuerdo con algo: escuchaba hasta el final sin interrumpir y luego decía lo que pensaba. Me dijo que yo tenía razón en términos abstractos pero que en términos concretos, tratándose de Bernardo, de ti, ella sabía lo que hacía.

Bernardo miró su café.

—¿Y tú qué pensaste?

—Pensé que te conocía mejor que yo —dijo Montse—. Que llevaba meses contándome cosas de ti con esa precisión que ella tenía para las personas que le importaban. Y que si ella decía que te conocía suficiente para tomar esa decisión, yo no tenía autoridad para contradecirla.

—Pero seguías sin estar de acuerdo.

—Sigo sin estar de acuerdo —dijo Montse, con una serenidad que no era dureza—. Pero ya no importa. Lo que importa es que fue su decisión y la tomó con toda la conciencia del mundo, y eso hay que respetarlo aunque duela.

Bernardo asintió. Bebió el café.

—¿Cómo fueron los cuatro años en Oviedo?

Montse se acomodó en la silla como quien va a contar algo que ha contado antes en su cabeza muchas veces pero nunca en voz alta.

—Los primeros seis meses fueron los más difíciles —dijo—. No porque estuviera muy enferma, que no lo estaba todavía, sino porque estaba sola en una ciudad que no conocía y que había elegido precisamente porque no conocía a nadie. Le costó encontrar el ritmo. Pero cuando lo encontró, encontró algo bueno. El trabajo en la biblioteca le daba satisfacción. Tenía un piso con mucha luz. Hacía amigos despacio, que era como le gustaba hacerlos.

—¿Hablaba de mí?

—Siempre —dijo Montse—. No de manera obsesiva ni triste. Hablaba de ti como se habla de alguien que es parte de lo que uno es. Como se habla de un sitio donde uno vivió bien.

Bernardo tuvo que mirar hacia la calle un momento.

—Leía tus novelas —continuó Montse—. Las compraba el día que salían. Me llamaba cuando terminaba cada una y me decía lo que le había parecido. A veces me leía un párrafo por teléfono y me decía: aquí está. Como si te estuviera encontrando entre las páginas.

—¿Y te parecía a ti también?

—A mí me parecía que ella veía lo que quería ver —dijo Montse, con honestidad afectuosa—. Pero también me parecía que a veces tenía razón. Hay una mujer en tu quinta novela que tiene una manera de interrumpir las conversaciones en el momento exacto que es completamente de Vanessa. No sé si lo hiciste a propósito.

—No lo hice a propósito —dijo Bernardo.

—Ya lo suponía.

Pidieron otro café los dos, sin ponerse de acuerdo, simplemente porque ninguno tenía prisa y la conversación necesitaba seguir. El camarero los atendió con la eficiencia discreta de quien ha aprendido a leer cuándo una mesa quiere que la dejen tranquila.

—¿Estuvo sola al final? —preguntó Bernardo.

—No —dijo Montse—. Estuve yo. Y había una enfermera que venía cada día y con quien Vanessa había desarrollado una amistad que me parecía entrañable, porque eran completamente distintas pero se entendían bien. Y en los últimos días vinieron sus padres desde Tarragona, aunque la relación con ellos era complicada y esa es otra historia.

—¿Cómo fue el final?

Montse lo miró directamente.

—Fue en septiembre, un martes por la mañana —dijo—. Había dormido bien la noche anterior, que era algo que ya no ocurría con frecuencia. Yo llegué a las nueve y estaba despierta, con la ventana abierta porque le gustaba escuchar los pájaros. Hablamos un rato de cosas sin importancia, de un libro que habíamos leído las dos y sobre el que teníamos opiniones distintas, como casi siempre. Y luego se quedó dormida. Y ya no se despertó.

Bernardo escuchó eso en silencio.

—Era lo que ella hubiera querido —dijo Montse—. Sin drama. Sin despedidas largas. Simplemente parar, como para un punto final.

Estuvieron callados un momento. En la mesa de al lado, dos hombres discutían sobre fútbol con una intensidad que contrastaba con el silencio de la mesa verde.

—¿Tienes algo suyo? —preguntó Bernardo—. Algo que no esté en la caja, quiero decir.

Montse abrió el bolso y sacó un sobre pequeño que puso sobre la mesa entre los dos.

—Esto me lo dio el último mes —dijo—. Me dijo que si alguna vez aparecías me lo dieras. Y si no aparecías, que lo guardara. Lleva más de treinta años en mi cajón.

Bernardo miró el sobre. Tenía su nombre escrito con la letra de Vanessa, pequeña y apretada. Nada más.

—¿Sabes lo que hay dentro? —dijo.

—No —dijo Montse—. Nunca lo abrí. No era para mí.

Bernardo cogió el sobre y lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta sin abrirlo. Montse lo observó hacer eso sin decir nada.

—¿Cuándo te vas de Calafell? —preguntó ella.

—Mañana es la demolición —dijo Bernardo—. Quiero estar ahí. Después no sé.

—¿Qué vas a hacer con todo lo que encontraste?

Bernardo pensó en la libreta, en las tres palabras que había escrito en el banco del puerto esa mañana, en la página que había seguido llenándose después de esas tres palabras con una urgencia que no había sentido en años.

—Voy a escribirlo —dijo.

Montse asintió, como si eso fuera exactamente lo que esperaba escuchar.

—Ella lo habría querido así —dijo.

—Eso espero.

—No lo esperes —dijo Montse—. Ten la certeza. Era lo que quería. Me lo dijo una vez, hacia el final, cuando hablábamos de ti. Me dijo: si algún día lo sabe, que lo escriba. Que para eso sirven los escritores, para contar las cosas que la gente no sabe cómo contar sola.

Bernardo la miró.

—¿Te dijo eso?

—Con esas palabras —dijo Montse—. Tenía esa manera de decir las cosas importantes como si fueran obvias.

Se despidieron en la puerta del bar con un abrazo que ninguno de los dos había planeado pero que llegó de manera natural, como llegan las cosas que son necesarias. Montse era más baja de lo que parecía sentada y olía a algo floral que Bernardo no supo identificar.

—Si alguna vez quieres saber algo más —dijo ella—, ya tienes mi número.

—Te llamaré —dijo Bernardo.

—Y cuando publiques el libro —dijo Montse—, mándame uno. Firmado.

—Te mando dos —dijo Bernardo.

Volvió a Calafell por la carretera costera, sin autopista, porque necesitaba el tiempo y el paisaje y la lentitud. El mar aparecía y desaparecía entre los pinos con esa constancia del Mediterráneo que no cambia aunque uno le dé la espalda durante cuarenta años. Llegó al pueblo cuando el sol ya estaba bajo y llamó a Rosell desde el coche.

—Mañana es el último día —le dijo Rosell cuando contestó—. Empieza a las ocho.

—¿Puedo pasar esta noche en la casa?

Hubo una pausa.

—Técnicamente no debería —dijo Rosell.

—Lo sé.

Otra pausa.

—Llevo el candado abierto en una hora —dijo Rosell—. Y no me llame si pasa algo, porque yo no sé nada.

—Gracias, Rosell.

—No me dé las gracias. Duerma algo, que tiene mala cara.

Bernardo recogió su maleta de la pensión, agradeció a la chica de la recepción y al hombre del mandil, y caminó hasta la calle del Muelle con la maleta en una mano y la libreta en la otra. El candado estaba abierto, como había dicho Rosell. Entró al taller, subió al piso, abrió la puerta de la terraza y sacó la silla de la cocina para sentarse afuera.

El mar de noche era negro y brillante, con la luna partiéndolo en dos desde el horizonte hasta casi la orilla. El viento había parado del todo y el aire tenía esa quietud de las noches de invierno en la costa cuando todo lo que tenía que decirse ya se dijo.

Bernardo sacó el sobre del bolsillo. Lo sostuvo un momento entre los dedos, mirando su nombre escrito con la letra de Vanessa. Luego lo abrió.

Adentro había una sola hoja doblada en tres. La desplegó con cuidado.

Decía: Si estás leyendo esto es porque Montse cumplió su palabra, que era algo que yo sabía que iba a hacer porque Montse siempre cumple su palabra, que es una de las razones por las que es mi mejor amiga. Y si Montse te lo dio es porque apareciste, que era lo que yo siempre supe que ibas a hacer tarde o temprano, porque los escritores siempre vuelven a los sitios que los escribieron. Lo que quiero decirte es sencillo y ya te lo dije de otras maneras en otros papeles que supongo que ya leíste: te quise bien. No perfectamente. Bien. Y eso es suficiente. Cuida la buganvilla si todavía está. V.

Bernardo leyó la carta dos veces. Luego la dobló y la guardó.

Miró la terraza. El soporte de hierro oxidado donde había estado la buganvilla. Los tallos secos enredados en el metal.

Se levantó, se acercó al soporte y tocó los tallos con la punta de los dedos. Eran frágiles y secos pero seguían ahí, enredados en el hierro con una persistencia que no tenía explicación botánica razonable después de tantos años de abandono.

Volvió a la silla. Abrió la libreta en la página donde había escrito Para ti, Vanessa, y siguió escribiendo. Escribió durante horas, con el mar delante y la luna moviéndose despacio sobre el agua y el silencio del pueblo dormido alrededor, y lo que escribió no era todavía una novela sino el material de una novela, la materia prima de algo que después iba a requerir tiempo y trabajo y distancia, pero que esa noche necesitaba salir sin orden ni estructura, todo de una vez, como sale el agua cuando se rompe algo que llevaba mucho tiempo contenido.

Escribió hasta que la luna desapareció y el cielo empezó a aclarar por el este con esa luz previa al amanecer que no es todavía luz sino la retirada de la oscuridad. Luego cerró la libreta, se apoyó en el respaldo de la silla y

miró el mar que empezaba a recuperar su color, primero gris, luego azul oscuro, luego ese azul que era el azul de siempre, el mismo de todos los años y de todos los días, indiferente y perfecto y absolutamente igual a sí mismo.

A las ocho menos cuarto escuchó el primer motor de las máquinas en la calle.

EPÍLOGO

Las últimas letras

Presente. Calafell, día de la demolición

El primer motor arrancó a las ocho menos cuarto con un ruido sordo que subió por las paredes de la casa y llegó a la terraza como una vibración antes que como un sonido. Bernardo lo escuchó desde la silla donde había pasado la noche escribiendo y levantó la vista del cuaderno. El cielo sobre el mar era ya de un azul claro y frío, sin nubes, con la luz de noviembre instalándose despacio sobre el agua con esa precisión que tienen las mañanas de invierno en el Mediterráneo cuando se deciden a ser hermosas.

Cerró la libreta. Se levantó con la rigidez de quien ha pasado una noche entera en la misma posición y bajó al taller por última vez.

Rosell estaba en la calle con dos hombres de su equipo, revisando los planos apoyados en la furgoneta. Levantó la vista cuando vio salir a Bernardo con la maleta.

—¿Durmió algo? —preguntó.

—Algo —dijo Bernardo, que era una manera generosa de describir lo que había pasado.

—¿Tiene todo lo que necesita llevarse?

Bernardo miró la maleta, la libreta bajo el brazo, el bolsillo interior de la chaqueta donde estaba el sobre de Vanessa doblado junto a la última carta de los cuadernos.

—Todo —dijo.

Rosell asintió. Uno de los hombres del equipo, un muchacho joven con casco naranja que todavía no había dicho nada, miraba la casa con la expresión neutra de quien hace este trabajo con regularidad y ha aprendido a no ponerle cara a lo que derriba.

—¿A qué hora empieza exactamente? —preguntó Bernardo.

—A las ocho en punto —dijo Rosell—. Quedan diez minutos. Si quiere quedarse a verlo puede hacerlo desde el otro lado de la cinta.

—Me quedo —dijo Bernardo.

—De acuerdo. —Rosell hizo un gesto hacia la acera de enfrente—. Desde ahí se ve bien y está fuera del radio de seguridad.

Bernardo cruzó la calle y se apoyó en la pared del edificio de enfrente, la misma pensión Can Roser donde había dormido la primera semana, que ahora era un local de venta de artículos de pesca con el letrero cerrado a esa hora. Dejó la maleta en el suelo junto a sus pies y la libreta encima de la maleta y se metió las manos en los bolsillos del abrigo.

Desde ahí la casa se veía entera: la fachada encalada con las ventanas ciegas, la puerta del taller con el marco de madera que había resistido décadas, la terraza en el segundo piso con el soporte de hierro de la buganvilla asomando por encima de la barandilla. Era una casa ordinaria. No tenía nada de especial desde afuera, ningún rasgo arquitectónico que la distinguiera de las casas vecinas, ningún detalle que justificara que un hombre hubiera conducido seiscientos kilómetros para despedirse de ella. Y sin embargo ahí estaba.

Se abrió una ventana en el edificio de la derecha y una mujer mayor se asomó con una taza en la mano, mirando la calle con la curiosidad tranquila de quien ha visto pasar muchas cosas desde esa ventana y sabe que esta también pasará.

—¿Es usted de los de la demolición? —le preguntó a Bernardo.

—No —dijo él—. Viví aquí hace mucho tiempo.

La mujer lo miró con más atención.

—¿En la del número cuatro?

—En el piso de arriba.

—Yo llevo aquí cuarenta y dos años —dijo la mujer—. Conocí a la chica que tenía el taller de libros. Vanessa se llamaba.

—Sí —dijo Bernardo.

—Una chica muy seria. Muy educada. Se fue un día y no volvió. —La mujer bebió de la taza—. Lástima lo de la casa. Pero dicen que el edificio nuevo va a tener locales en la planta baja. A ver si viene algo útil.

—A ver —dijo Bernardo.

La mujer asintió con el pragmatismo de quien ha hecho las paces con el cambio, y se retiró de la ventana.

A las ocho en punto Rosell dio la orden y la primera máquina avanzó hacia la fachada del taller con esa lentitud calculada de los procesos irreversibles. Bernardo lo vio desde la acera de enfrente sin moverse. El primer golpe llegó al marco de la puerta y la madera cedió con un sonido seco que no era espectacular ni dramático sino simplemente definitivo, como el sonido que hace un libro cuando se cierra.

Lo que siguió fue más rápido de lo que Bernardo esperaba. Las paredes del taller cedieron en menos de diez minutos, levantando una nube de polvo blanco que el viento de la mañana llevó hacia el mar. Luego el forjado entre el taller y el piso. Luego las paredes del dormitorio, la cocina, la sala. Cada golpe de la máquina reducía a escombros algo que había sido un espacio

donde dos personas habían dormido y cocinado y discutido y leído en voz alta y guardado silencios que valían más que muchas palabras.

Bernardo lo miró todo sin apartar la vista.

En algún momento del proceso apareció a su lado el muchacho del casco naranja, que había terminado su parte del trabajo y se había acercado a la acera a beber agua de una botella. Lo miró de reojo y luego miró la casa.

—¿Era suya? —preguntó.

—Fue mía un tiempo —dijo Bernardo.

—Lo siento —dijo el muchacho, con una sencillez que no era protocolo sino algo genuino.

—No lo sienta —dijo Bernardo—. Las cosas tienen que terminar en algún momento. Lo importante es lo que ocurrió mientras estaban.

El muchacho lo miró un segundo, como evaluando si eso era sabiduría o resignación, y luego asintió y volvió a su trabajo.

Cuando la terraza cayó, Bernardo vio el soporte de hierro de la buganvilla separarse de la pared y caer entre los escombros con un sonido metálico que se perdió en el ruido general de la demolición. Los tallos secos que habían sobrevivido décadas de abandono desaparecieron bajo el polvo sin dejar rastro visible. Bernardo los miró caer y no dijo nada, porque no había nada que decir que no hubiera dicho ya Vanessa en su última nota: cuida la buganvilla si todavía está. Ya no estaba. Ya no había nada que cuidar salvo lo que había quedado del otro lado de la cinta amarilla, en los cuadernos y las cartas y la fotografía y la libreta donde había escrito toda la noche.

Rosell se acercó cuando la máquina hizo una pausa para reposicionarse.

—¿Está bien? —preguntó.

—Sí —dijo Bernardo.

—¿Quiere un café? Tenemos un termo en la furgoneta.

—Con mucho gusto.

Fueron a la furgoneta. Rosell sirvió dos vasos de plástico de un termo plateado y le dio uno a Bernardo. El café era fuerte y demasiado dulce pero estaba caliente, que era lo que importaba.

—¿Cuánto tiempo lleva en este trabajo? —preguntó Bernardo.

—Veintitrés años —dijo Rosell—. Empecé de ayudante con diecisiete.

—¿Le pesa a veces? Lo de derribar cosas.

Rosell consideró la pregunta con la seriedad que merecía.

—Al principio sí —dijo—. Ahora menos. He aprendido que lo que importa de los sitios no está en las paredes. Las paredes son solo el contenedor. Lo que importa se lo llevan las personas cuando se van.

Bernardo miró su vaso de café.

—Eso es exactamente lo que es —dijo.

—Mi padre decía que las casas son como los libros —dijo Rosell—. Que lo que vale está adentro, no en la cubierta.

—Su padre tenía razón.

—Era albañil —dijo Rosell, con una sonrisa que era también un homenaje—. Construyó la mitad de las casas de este pueblo. Supongo que verlas caer le habría costado más que a mí.

Terminaron el café. La máquina había reanudado el trabajo y la nube de polvo blanco seguía levantándose sobre lo que quedaba de la calle del Muelle número cuatro. Bernardo devolvió el vaso de plástico a Rosell.

—Gracias por dejarme pasar la noche —dijo.

—No sé de qué me habla —dijo Rosell, con esa seriedad cómplice que es una forma de la generosidad.

Bernardo recogió su maleta y la libreta de la acera. Miró la casa una última vez, o lo que quedaba de ella, que ya era poco más que escombros y polvo y el esqueleto de lo que había sido. Luego miró el mar, que estaba al fondo de la calle con su azul constante de noviembre, exactamente donde siempre había estado.

Caminó hacia el puerto.

Se sentó en el banco donde había estado la mañana anterior, con la maleta a sus pies y la libreta sobre las rodillas. Sacó del bolsillo interior de la chaqueta el sobre de Vanessa y lo leyó una vez más: te quise bien. No perfectamente. Bien. Y eso es suficiente. Cuida la buganvilla si todavía está.

Dobló el sobre y lo guardó. Luego abrió la libreta en la página donde había escrito Para ti, Vanessa, y siguió leyendo lo que había escrito durante la noche, que era mucho y desordenado y lleno de tachaduras pero que tenía algo en el fondo que reconoció de inmediato porque era lo mismo que había reconocido en el taller aquella primera tarde de 1984: la forma de algo que iba a quedarse.

Sacó el bolígrafo y escribió debajo de todo, al final de las páginas de la noche, con la letra firme de quien ha tomado una decisión y no la está tomando por primera vez sino confirmando algo que ya estaba tomado:

La novela veintinueve se va a llamar Vanessa y Bernardo. Va a ser la primera que escriba con su nombre verdadero. El de ella.

Cerró la libreta.

El teléfono sonó. Era Carmen Iglesias.

—Buenos días —dijo ella—. ¿Cómo estás?

—Mejor —dijo Bernardo.

—¿Seguro?

—Seguro. Carmen, tengo que contarte algo.

—Te escucho.

—La veintinueve ya tiene título. Y ya sé de qué va.

Hubo una pausa al otro lado de la línea que Bernardo interpretó como atención, que era la manera de Carmen de decir sigue.

—¿Y bien? —dijo ella.

—Va a ser diferente a todo lo que he escrito hasta ahora —dijo Bernardo—. No sé si se va a vender igual. Probablemente no.

—Eso es lo de menos —dijo Carmen—. ¿De qué va?

—De una mujer que restauraba libros en un pueblo del Mediterráneo —dijo Bernardo—. Y de un escritor que tardó cuarenta años en entender que todo lo que había escrito era para ella sin saberlo.

Carmen no dijo nada durante un momento.

—¿Es verdad? —dijo al fin.

—Sí.

—¿Todo?

—Todo.

Otra pausa.

—Entonces escríbela —dijo Carmen, con esa simplicidad que tenía para las cosas importantes—. Escríbela y mándamela cuando esté. Sin prisa. Pero escríbela.

—Ya la estoy escribiendo —dijo Bernardo.

Colgó. Se quedó mirando el mar durante un rato con el teléfono en la mano. Un barco de pesca entraba al puerto con la parsimonia de los que vuelven de una noche larga, dejando una estela blanca que el agua iba borrando despacio detrás de él. Las gaviotas seguían su avance desde el aire con esa concentración hambrienta que tienen siempre.

Bernardo abrió la libreta otra vez. Pasó las páginas de la noche, todas las que había llenado con el material desordenado y urgente de lo que había sentido y pensado y recordado, y llegó a la primera página en blanco que encontró. Escribió en la parte superior, como encabezado de lo que venía después, con la misma letra pequeña y apretada que Vanessa usaba en sus cuadernos sin haberlo planeado, sin saber si lo había aprendido de ella o si siempre había sido suya y nunca se había dado cuenta:

Capítulo uno.

Y debajo, después de un momento, escribió la primera frase de la novela que tendría que haber escrito hace cuarenta años y que iba a escribir ahora porque era lo único que le quedaba por hacer que valiera verdaderamente la pena:

Hay novelas que uno no debería escribir nunca. No porque sean malas, sino porque son demasiado verdaderas.

Levantó la vista del papel. El mar seguía ahí, igual que siempre, indiferente y perfecto y absolutamente fiel a sí mismo. A sus espaldas, en la calle del

Muelle, la casa del número cuatro terminaba de convertirse en escombros con un ruido que ya no escuchaba.

Siguió escribiendo.